

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 16

Enero-mayo de 2018

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£
América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Cataluña, punto de ebullición del orden burgués

La llamada «cuestión catalana» está en el centro del balance que el marxismo realiza acerca de la constitución del moderno Estado burgués en España. No es por casualidad que, a lo largo de las penosas décadas que se sucedieron desde los inicios del desarrollo del capitalismo en España hasta la consolidación del país como una potencia imperialista en toda regla, incluso para los intelectuales burgueses que buscaban una explicación para lo confuso de la realidad española, la cuestión de la misma existencia de España haya sido un tema de primer orden. Porque España, más que cualquier otro país europeo, ha sido un foco de inestabilidad de primer orden, donde las tensiones sociales han estado tan a flor de piel que todo conflicto, por mínimo que este fuese, entre intereses contrapuestos de diferentes clases o estratos sociales, se ha resuelto durante décadas por la vía de las armas. Y como ruido de fondo de esos enfrentamientos, de las guerras

civiles del siglo XIX y XX, de la aparentemente caótica sucesión de gobiernos y cabezas coronadas, la duda acerca de la propia existencia del país como una nación de pleno derecho, siempre ha estado presente. Cada paso en el camino de la modernización en términos burgueses del país, cada jalón en el ciclo de ascenso y decadencia de la clase burguesa, ha estado marcado por el resurgimiento de potentes tensiones centrífugas que, siempre con Cataluña a la cabeza, han acabado por reconfigurar el mapa político nacional en uno u otro sentido.

Así las cosas, para el marxismo la «cuestión catalana» no se plantea, ni se ha planteado jamás, como un «problema nacional» irresuelto, algo que significaría reducir los términos del problema a una variante «retrasada» cronológicamente, de los grandes hitos de la lucha por la libertad nacional de las naciones europeas durante el siglo XIX. Esa tesis, en el fondo no significa otra cosa que colocar a España entre el elenco de países que, en

un momento u otro de la historia, según cuando se afirme (1931-36, 1975 o... 2018) no habrían alcanzado un desarrollo capitalista pleno sobre el terreno político, faltando para llegar a este el punto esencial de la sistematización nacional y de la creación de un mercado interno homogéneo. Y, por lo tanto, significa afirmar que aún existe margen de maniobra para una lucha de carácter burgués-progresista, encaminada a salvar los últimos obstáculos del mundo feudal en España: si en Cataluña se plantease, en términos objetivos, un problema nacional asimilable a aquellos que azotaron a las grandes potencias en el curso de su desarrollo, el convulso panorama político español podría tener solución en el marco de un desarrollo pleno de las exigencias democrático-burguesas que acompañaron al periodo de auge social de la burguesía; España sería, entonces, un país por desarrollar y, en el horizonte de este desarrollo, se colo-

(sigue en pág. 2)

El capitalismo mundial, de crisis en crisis

Lunes 5 de febrero, la bolsa de Wall Street registró por primera vez en su historia una caída de varios miles de puntos (exactamente 1175). En términos porcentuales representaba una caída del 4,6%, precedida de uno del 2,5% el viernes anterior. Estas inflexiones han tenido repercusiones inmediatas sobre los mercados de acciones de todo el mundo, aunque con menos fuerza. En total, después del último récord bursátil de Wall Street, las pérdidas de las bolsas llegaron al 8,55%, en Tokio; 8,26%, en Wall Street (Dow Jones); 7,72%, en

Hong Kong; 7,41%, para Madrid; 7,10%, para Frankfurt; 6,8% para Londres; 6,64%, para París, etc.: datos que no se veían desde la tormenta financiera de la época de la crisis de 2008. Pero después de estas bajadas, Wall Street ha dado señales de una reanudación, y los comentaristas y los analistas, hablaban únicamente de una «corrección» temporal y bienvenida de los excesos de los mercados bursátiles. Pero el jueves Wall Street tuvo una recaída perdiendo una vez más miles de puntos. Durante esta semana negra para las finanzas

(sigue en pág. 8)

EN ESTE NÚMERO

- 1º de mayo 2018: La clase dominante burguesa y sus partidarios falsamente obreros festejan otro año de altos beneficios capitalistas mientras las grandes masas proletarias sufren la explotación más bestial y la miseria cotidiana.
- Nuestro partido nunca será virtual.
- El comunista y las posiciones falsamente marxistas sobre el "problema catalán".
- Muerto contra el protocolo.

Cataluña, punto de...

(viene de la pág. 1)

caría la terrible ilusión de un capitalismo libre de contradicciones, armonioso y capaz de aunar a las diferentes clases sociales en una convivencia cívica y pacífica.

Pero ni la historia de España está incompleta en términos de desarrollo capitalista (más bien se encuentra en un estado de putrefacción idéntico al del resto de las potencias imperialistas), ni la «solución» al «problema catalán» se da en los términos de una sistematización nacional mejor y más perfecta, ni esta daría lugar a un orden burgués libre de los desgarros que el propio orden capitalista lleva en su seno: son las características de un capitalismo híper desarrollado como el español las que abocan, una y otra vez, a una guerra, soterrada o abierta, entre las diferentes familias burguesas que dominan el país desde hace ciento cincuenta años. La guerra comercial, el enfrentamiento por controlar cuotas cada vez mayores del mercado nacional y, muy especialmente, la lucha por dominar al proletariado y utilizarle como carne de cañón en estas rivalidades, no son resabios de épocas precapitalistas, sino la consecuencia de un desarrollo capitalista pleno que no puede hacer otra cosa que abocar, una y otra vez, a la crisis económica y al combate desencarnado entre quienes quieren salvar sus posesiones a costa de las de aquellos con quienes, temporalmente, pudieron ser sus aliados. Esta es la verdad de los «nacionalismos» español y catalán, de sus expresiones constitucionalistas y separatistas en la España actual... pero también es el origen de todas las mentiras que ponen en circulación como coartada ideológica para movilizar detrás de los intereses de las facciones burguesas en liza a la mayor cantidad de proletarios a los que, finalmente, se obligará a luchar en su nombre.

En el centro de todo, el Estado.

El marxismo ha extraído del estudio acerca del desarrollo de las diferentes sociedades humanas, desde aquella basada en los grupos dispersos de cazadores recolectores hasta la más moderna capitalista y burguesa, un esquema inquebrantable acerca de la sucesión y mutua determinación de los factores económicos, políticos y sociales. El orden es el siguiente: modo de producción-clases sociales ligadas a este-Estado en manos de una de estas clases, de la dominante. En el caso de la moderna sociedad capitalista, este esquema se concreta de la siguiente manera: modo de producción capitalista, surgido por la acumulación y

concentración progresiva de ininidad de hechos económicos de carácter mercantil que aparecieron en los márgenes de la sociedad feudal; aparición de una clase social, la clase burguesa, que se enucleó en torno a estos hechos económicos aislados y que fue adquiriendo una extensión cada vez más amplia a medida que estos fueron cobrando protagonismo en la vida social del feudalismo: la producción artesanal se amplía, con esta ampliación se estrechan las redes comerciales que van primero de una comarca a otra y, después, de una parte del globo a la opuesta en términos geográficos, reaparece el concepto de nación en su sentido político y no sólo territorial como expresión del ámbito de influencia de esta burguesía (por razones históricas, geográficas, étnicas, etc.). Finalmente, esta burguesía, subproducto del modo de producción capitalista que crece dentro del mundo feudal hasta el punto de hacerse incompatible con el modo de producción previamente existente y que se basaba en la explotación del trabajo servil, choca políticamente con el estamento nobiliario-eclesiástico dominante como reflejo de un choque de mayor amplitud que se estaba produciendo en el subsuelo social. La burguesía, a través de su enfrentamiento diario con las restricciones que la servidumbre feudal le impone, se compacta como clase social con un fin político propio: la supresión del poder nobiliario, de su Estado, su monarquía... y la imposición de su propio poder político a gran escala, más allá de los límites de una u otra ciudad, mediante un Estado que abarque bajo su dominio el conjunto de las relaciones sociales nacionales. Por lo tanto, el capitalismo precede a la existencia de una clase burguesa digna de tal nombre. Extiende su influencia nutriéndose de la expansión del mundo feudal, haciendo de muleta de este allí donde no puede caminar por su propio pie (intercambios agrícolas a gran escala, reaparición y generalización de la moneda...) y, finalmente, volviendo obsoleto el sistema de relaciones jurídico políticas encaminadas a la apropiación de la riqueza socialmente producida por parte de los estamentos nobiliario y eclesiástico. Esta fuerza social, cualquiera que sea la sucesión de acontecimientos con la que aparezca, es común para todo el área anglo-europea a lo largo de los siglos XIV-XIX y es el origen de las clases burguesas que, impulsadas por ella, se van a batir contra la fuerza política del feudalismo y del absolutismo. La burguesía nace como una clase enfrentada por el propio dinamismo de la sociedad feudal a los estamentos que en esta detentan el poder político y, por lo tanto, el Estado. Llegado cierto nivel de desarrollo, la mis-

ma burguesía buscó acomodo en este Estado, como un reflejo necesario de la preponderancia social que llegó a alcanzar. Y buscó acomodo bien a través de pactos y transacciones con la nobleza, a la que tenía firmemente aprisionada en términos económicos por la relación de dependencia que se había llegado a establecer de esta respecto de aquella, o bien, cuando no hubo otra vía, a través de violentas embestidas revolucionarias que hicieron acopio de todo el malestar social que existía para ponerlo como sustento de la acción política encaminada al traspaso de los privilegios de una clase dominante a otra. El pueblo, el campesinado esencialmente pero también las clases populares de las ciudades, fueron la fuerza de choque de esta burguesía revolucionaria (allí donde no hubo revolución sino pacto social, como en España, fueron en cualquier caso una amenaza esgrimida continuamente en la mesa de negociaciones) Pero este pueblo de poco hubiera servido si no hubiese tenido, a su cabeza, un partido, un programa y una promesa final de victoria que le diese fuerza y homogeneidad en su lucha. El partido fue la propia clase burguesa, dirigida por sus elementos más dinámicos; el programa, la abolición de las trabas feudales al desarrollo capitalista y la consecuente destrucción de las mil y una disposiciones jurídicas sobre las que se levantaba el mundo feudal, abolición y destrucción que se resumen en: conversión de los súbditos en ciudadanos libres, es decir, transformación de la fuerza de trabajo sierva en mano de obra libre. Finalmente, la promesa de victoria se cifraba en la abolición de todos los antagonismos sociales bajo la férula de un nuevo Estado que garantizaría la armonía entre los intereses particulares de todos los individuos, desde el propietario de fábricas hasta el paria que no poseía nada más que su fuerza de trabajo. El Estado, por lo tanto, si bien se coloca en el último lugar de la sucesión que empieza con la aparición de un nuevo modo de producción, es el punto esencial en el paso de una sociedad a otra: lo es porque, en manos de la nobleza y el clero, es un arma de la reacción social a través de la cual estos estamentos ejercen todo su poder para subyugar a la clase social en ascenso; lo es, cuando la burguesía comienza a acceder al poder, porque desde él se sistematiza el nuevo orden social que hace crecer la potencia social burguesa; y lo es, una vez esta se ha desarrollado hasta el máximo, porque a través de él la burguesía mantiene su poder utilizándolo en su lucha contra el enemigo interno, el proletariado al que el mismo capitalismo ha dado vida, como contra el enemigo externo, el resto de burguesías que pese a ser

solidarias en la lucha anti feudal no dejan en ningún momento de competir unas con otras. Mediante el Estado, la burguesía ejerce su dominio, que no tendría fuerza ninguna si no contase con el poder coercitivo de este, y lo ejerce sobre una población, sobre unos recursos naturales, sobre unas fuerzas sociales, que se corresponden con aquellas en las que la burguesía se ha desarrollado: pequeños países como Bélgica, grandes imperios como el británico o territorios de más que cuestionable cohesión interna como España. La burguesía ha surgido en ellos como clase usufructuaria en ese territorio de los beneficios generados por el trabajo asociado que aparece con el modo de producción capitalista. Y por lo tanto es en ellos donde domina a través de su fuerza social que se concentra en el Estado, si bien nunca quita la vista de otros territorios, otras poblaciones, otros recursos naturales que pertenecen a otras burguesías, que están por lo tanto bajo el poder de otros estados burgueses, y por los cuales nunca deja de suspirar.

Con la aparición y consolidación del Estado burgués el ciclo de la evolución de la especie humana estaría completo si las fuerzas sociales sobre las que este domina hubiesen llegado a calmarse. Pero, de hecho, el Estado sería innecesario si dichas fuerzas durmiesen para siempre. Pero lo cierto es que la república burguesa, bajo cualquiera de sus formas, fracasa siempre y en todo lugar en sus pretensiones de constituir el grado más elevado de desarrollo humano. Con ella no se acaban las tensiones sociales, no se acaban las guerras, no se acaban los desastres, no desaparecen el hambre ni la miseria... Por ello es necesario el Estado, para que las contradicciones sociales que el modo de producción capitalista engendra no acaben por minar el propio poder de la burguesía. Estas contradicciones enfrentan, como se ha dicho, a las diferentes burguesías, que compiten siempre entre sí por ampliar el beneficio que extraen de su posición predominante en el modo de producción capitalista; enfrentan a las diferentes facciones de una misma burguesía nacional, a los comerciantes con los industriales, a los financieros con los terratenientes... Enfrentan también, a la burguesía de un territorio con su proletariado: una vez que este ha cumplido con su papel de fuerza de choque contra el mundo feudal la burguesía sólo le destina un futuro de explotación incomparablemente mayor que el que padecían en el mundo feudal las clases populares. Y enfrentan, finalmente, a toda la miríada de pequeños estratos sociales, ni burgueses propiamente dichos ni proletarios, que forman las clases medias, resumidas por su papel en la produc-

ción como pequeña burguesía. La visión general de la sociedad burguesa sólo es completa si, más allá de proletariado y burguesía, se entiende que las relaciones de producción capitalistas generan continuamente tanto divergencias en la propia clase burguesa como enfrentamientos con todos los segmentos de la población que viven de la explotación general de la mano de obra asalariada pero que no tienen el tamaño ni la fuerza como para imponerse sobre los grandes burgueses que detentan el poder político a través del Estado. Y será precisamente este Estado el que sirva a los sectores predominantes de la burguesía de un país para imponerse sobre quienes no dejan de ser sus rivales más inmediatos.

La forma estatal que más se adecua a esta función de enfrentamiento continuo no es la abiertamente totalitaria, sino la democrática. La burguesía naciente luchó contra la nobleza blandiendo la exigencia de que el Estado representase al conjunto del pueblo. Es decir, que el Estado no estuviese al servicio de una clase cuya fuerza social diurna minoría privilegiada se oponía al rápido desarrollo de las fuerzas productivas sino del conjunto de las clases que encabezaban los profundos cambios que el capitalismo imponía. Claro que, al frente de estas clases, estaba la burguesía, predominante frente a las demás precisamente por el lugar privilegiado que ocupaba en este nuevo orden social. La consigna democrática significaba la liquidación de los viejos privilegios en nombre de una igualdad *ideal* de todos los «ciudadanos» tras la que se escondía el dominio *real* de la clase burguesa. No podía, por lo tanto, representar otra cosa que la consolidación de una nueva clase dominante: el modo de producción capitalista simplifica los antagonismos sociales, los polariza en torno a tres elementos centrales, burguesía industrial y propietarios agrarios que forman la clase dominante *burguesa*, por un lado; y, por el otro el proletariado. En síntesis capital y trabajo asalariado en torno a los cuales orbitan los demás, pero no suprime ni la explotación de la fuerza de trabajo humana en provecho exclusivo de la clase social dominante ni la opresión consiguiente. Por lo tanto democracia sólo podía significar gobierno dictatorial de la burguesía que detenta en su poder los frutos de la explotación y que ejerce la opresión sobre el resto de elementos sociales. Pero mientras que el sistema feudal se conformó históricamente mediante la supeditación progresiva del conjunto de las sociedades de tipo esclavista a un poder absoluto, con una progresiva pérdida de la autonomía de los estratos sociales que eran los elementos centrales

de este tipo de comunidades, el sistema burgués se impuso con el concurso en la lucha anti absolutista de buena parte de la sociedad: comerciantes, artesanos, oficiales, campesinos, proletariado urbano, parte del bajo clero y de la baja nobleza... Todos ellos participaron bajo el mando burgués en las luchas revolucionarias del fin del Medioevo con el consecuente despertar de todos ellos a la vida social y a la lucha política más allá de las estrechas miras corporativistas del mundo feudal. La burguesía revolucionaria no podía dejar de contar con quienes se habían hecho matar por ella, a riesgo de perecer bajo el impulso que ella misma había despertado. Especialmente peligroso fue y ha sido hasta tiempos muy recientes, excluir abiertamente al proletariado, verdadera potencia social moderna de nivel internacional y que siempre ha contado con la fuerza que le proporciona su papel central en el modo de producción capitalista.

Más allá del modelo clásico de revolución burguesa que estamos utilizando en estas páginas en la medida en que resume perfectamente todas las fuerzas sociales en liza y a todos los actores que entraron en el juego en un momento u otro —*modelo clásico* pero que rara vez se encuentra, siendo mucho más comunes las formas mixtas, distorsionadas por diferencias nada despreciables pero que, en fin, parten del mismo punto y llegan al mismo resultado— en las amplias zonas de Europa central durante el siglo XIX, en Rusia antes del octubre proletario y en las colonias africanas y asiáticas durante el siglo XX, la irrupción de una burguesía revolucionaria de carácter nacional, que luchaba simultáneamente contra las clases feudales — o pre feudales — y contra la sumisión impuesta, en el caso colonial, por las metrópolis plenamente capitalistas, también necesitó del concurso del proletariado para alcanzar su libertad. Y al despertar a la lucha social a la potentísima fuerza proletaria le obligó a colocar en su programa exigencias democráticas que permitiesen ligar a dicha fuerza a su acción revolucionaria.

La democracia, que involucra a todos los estratos de la sociedad en la defensa del Estado, es por ello la forma política preferida por la burguesía. Forma, decimos, porque el fondo nunca deja de ser, por muy democrático que sea el Estado, la dictadura de clase de la burguesía. A través de ella permite parcelas accesorias de poder a los estratos pequeño burgueses, que obtienen legislaciones favorables para su peculiar condición social, a la parte de la burguesía que no detenta di-

(sigue en pág. 4)

Cataluña, punto de...

(viene de la pág. 3)

rectamente el poder, pero que busca hacerlo precisamente movilizándolo democráticamente al resto de clases sociales... y sobre todo al proletariado, al que logra interesar por el mantenimiento de un Estado que parece posible reformar mediante un continuo progreso social. Por ello la democracia ha sido la bandera no sólo de la burguesía revolucionaria sino, también, de la burguesía más reaccionaria, que ha tenido en ella el principal garante de la salvaguarda de sus intereses de clase.

En el centro del Estado español, Cataluña.

No es el momento de entrar a fondo en la cuestión de cómo se forma el moderno Estado español. Nos basta por ahora con señalar que el dinamismo de los reinos peninsulares en la Edad Media y el Renacimiento y su posterior declive y caída dejaron su impronta en este, pero no fueron su base. Ni España es una identidad que nace con la lucha contra Al Andalus, ni Euskadi es una unidad racial... ni Cataluña es la herencia del Reino aragonés.

España como nación a la que se corresponde un Estado nace en el siglo XIX, concretamente el punto de partida es el auge de las clases burguesas y pequeño burguesas durante la guerra contra el invasor francés. En esta guerra se conforma el partido revolucionario de la burguesía, con un programa liberal anti feudal que tiene por centro la soberanía nacional contra los privilegios feudales y los particularismos locales. El conjunto de guerras, pronunciamientos y revoluciones que componen el siglo XIX va a dar como resultado la creación de un mercado único en todo el territorio, la sistematización nacional y una fórmula de Estado que comporta un pacto de transacción entre la nobleza terrateniente y la burguesía financiera.

El primero de estos puntos, la aparición de un mercado único en todo el territorio, significa la desaparición de fueros y leyes locales propias, la supresión de las fronteras internas, la unificación de pesas y medidas (característica es la aparición de una moneda única, *la Peseta*, de origen catalán) y la libre circulación de mercancías, capitales y personas por todo el país. A su vez implica, en un fenómeno de mucho mayor calado, la plena conformación capitalista de España con la definitiva desaparición de prácticamente todas las formas precapitalistas de vasallaje económico, la inversión en infraestructuras que implicaban la movilización de grandes canti-

dades de capital, la formación de una industria de cierto nivel, etc. En este ámbito es Cataluña la que destaca sobre el resto de regiones españolas: la industria textil, pujante desde el siglo XVIII, el comercio sobre todo hacia los restos de las colonias (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) que también comenzó en el s. XVIII, dieron la base para un cuerpo social capitalista que, por ejemplo, dio lugar al primer ferrocarril nacional (Barcelona-Mataró) fue el principal de España y forzó la aparición de un primer proletariado organizado en torno a sociedades de resistencia y una creciente influencia de Cataluña en las medidas de política económica del gobierno central.

Respecto a la sistematización nacional, el desarrollo del capitalismo en España generó la unidad nacional. No sin trabas, puesto que el medio físico y la abigarrada composición social del país permitieron pervivir los particularismos locales dando en muchas ocasiones estos la base para el peculiar desarrollo económico de una región determinada.

Finalmente, la aparición, tras una lenta fragua en el horno de las guerras civiles, de un Estado burgués resulta algo incontestable. La pervivencia del dominio de las clases feudales y la pervivencia de la estructura monárquica del Estado no pueden esconder que los intereses de estas clases ya eran plenamente capitalistas y que, si bien el origen de buena parte de ellas es agrario, en España estamos ya ante una agricultura plenamente capitalista. La pugna entre liberales y conservadores, finalmente consagrada en el sistema de turnos tras la Restauración de 1874 supone, realmente, la alternancia en el poder de los partidos vinculados a las explotaciones cerealistas y olivícolas, los dos principales productos del campo español. Queda excluida del Estado la potente burguesía catalana, que no encuentra un acomodo directo en ninguno de los gobiernos, tradicionalmente en manos de la oligarquía castellana, pero que actúa conjuntamente con el partido cerealista castellano en defensa de medidas de protección económica arancelaria para favorecer el mercado interno al que dirigen sus productos y en la defensa de la guerra contra los independentistas cubanos, contra los que exigen la más dura de las manos.

Esta peculiar configuración del Estado responde, efectivamente al enfrentamiento entre fuerzas contrapuestas: el hecho de que en España no haya habido una revolución burguesa propiamente dicha impidió que la burguesía industrial accediese al poder directamente, quedando este como monopolio de la oligarquía terrateniente y financiera. Es, sin duda, una «apli-

cación» imperfecta del modelo clásico de revolución burguesa pero su consecuencia fue únicamente que el poder político nacional fuese extremadamente débil en la medida en que no era capaz de agrupar en su seno a todas las fuerzas burguesas del país. Sólo el ejército, pasado ya con armas y bagajes al terreno de la conservación social, vertebraba plenamente la nación. Este periodo de formación imperfecta del Estado nacional tiene como consigna característica (algo que conservará a lo largo del siglo XX) la defensa de la unidad nacional. Esta fue la divisa frente a las fuerzas centrifugas que no dejaban de amenazar la estabilidad del país y, sobre todo, la consigna de las fuerzas centralistas agrarias contra las exigencias de los industriales catalanes que se volvían cada vez más perentorias a medida que crecía su poder económico. La bicefalía nacional, con una capital económica en Barcelona y una capital administrativa en Madrid, donde reposaba el peso de siglos de Imperio, es un buen reflejo de la pugna real en torno al poder del Estado: la fuerza industrial y mercantil en Cataluña, el resto de fuerzas en Madrid y una sistemática exclusión de la primera por las segundas que se explica por la debilidad del desarrollo capitalista de España, pero no por la inexistencia de un sistema capitalista y de un Estado burgués.

Cataluña, una burguesía catalana que, en un primer momento y frente a la debilidad de las relaciones capitalistas en el resto del país, puede ser llamada así, representó la fuerza más dinámica del desarrollo capitalista de España. Y este excesivo desarrollo local constituyó la fuente de todas las tensiones, sociales y políticas, con el resto del país. De hecho estas tensiones no afloraron definitivamente hasta que la guerra contra EE.UU. en 1898 no dio lugar a la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La consecuente pérdida del principal mercado para sus productos desvinculó los intereses económicos de la burguesía catalana respecto de los intereses del resto del país, dando lugar al auge del nacionalismo catalán sobre el terreno político. Este se constituyó como la defensa de un particularismo local de base económica (el especialmente intenso desarrollo capitalista en la región) que requería el reconocimiento de una autonomía que le permitiese desmarcarse de las políticas, mucho más atrasadas en todos los términos, que emanaban del Estado central.

Todo el misterio, toda la leyenda, del nacionalismo catalán, se cifra en este hecho: es una reacción por parte de la región más moderna en términos capitalistas contra el atraso del capitalismo nacional, que se traducía en un fuerte conservadurismo por parte del

Estado central. La exigencia nacionalista jamás fue la independencia, sino un reconocimiento de la singularidad regional y lograr una influencia decisiva sobre el Estado español que protegiese los intereses de la industria local.

¿A qué queda reducido, por lo tanto, el proyecto nacionalista catalán? ¿Es correcta la tesis que defiende la existencia de una Cataluña netamente diferenciada de España en términos económicos, políticos y sociales y que, por lo tanto, exige la independencia como etapa ineludible de la revolución burguesa?

En la primera parte de este epígrafe hemos explicado el modelo clásico de aparición del Estado burgués a partir de la clase social que lo sustenta y del modo de producción que da lugar a esta. Hemos explicado igualmente la naturaleza de clase del Estado, que se considera burgués una vez que cumple las funciones de garantizar el poder social de la burguesía, al margen de la composición sociológica del mismo. En España existe este Estado burgués al menos desde mediados del siglo XIX, cuando las clases gobernantes del Antiguo Régimen han sido cooptadas para el mundo capitalista a través de la presión irresistible de la generalización de los intercambios mercantiles colocados en el centro de la vida económica. Si estas clases detentan aún en exclusiva grandes cuotas del poder, si el Estado sigue estando blindado al acceso de la parte más viva de la burguesía, esto únicamente se da porque precisamente el Estado tiene la función de defender el estatus quo del que disfrutaban determinados sectores de las clases dominantes, sean estos puramente burgueses o algo mixto con los restos nobiliarios. El Estado, en fin, es una función social y en la medida que la cumple debe ser considerado en los términos de esta.

Este es el sentido de la secular lucha de la burguesía catalana contra el centralismo madrileño, no un enfrentamiento entre clases sociales opuestas (que implicaría un enfrentamiento entre modos de producción diverso) sino una lucha de competencia puramente capitalista en la cual la fuerza de las clases altas españolas logra contener las pretensiones catalanas durante un cierto tiempo. Este es, por ello, el sentido del nacionalismo catalán: no una vindicación de independencia política, sino una exigencia de apertura del Estado y, en la medida de lo posible, de control de este por parte de los burgueses industriales de Cataluña. En la medida en que toda guerra requiere una bandera y, sobre todo, en la medida en que todas las clases que han librado guerras revolucionarias con anterioridad al proletariado han recurrido a una bandera ideal, que se abs-

trajese de la realidad social que realmente prometía su triunfo, la burguesía catalana echó mano del mito de la nación feudal independiente, libre, soberana y democrática frente al despotismo opresor castellano. Sólo así deben ser consideradas las imágenes bucólicas de un pueblo libre y oprimido cuya causa era la del progreso.

Si hemos tomado el desarrollo de la España del siglo XIX para evidenciar el papel del nacionalismo catalán como cobertura ideológica en una lucha por el control de un Estado ya burgués es porque en ese siglo se resume todo lo que esta lucha entre las clases dominantes dará de sí a lo largo de los años posteriores. Y porque lo muestra de manera especialmente clara: poco tiempo después de que el nacionalismo catalán floreciese, con la crisis del Régimen de la Restauración, ya ni siquiera los propios burgueses recurrirán al mito de la Cataluña oprimida por España porque serán ellos mismos quienes tengan una influencia decisiva sobre el Estado y los diferentes gobiernos. Las Mancomunidades, el predominio político de Cambó, la fuerza de la Lliga Regionalista sobre el resto de fuerzas políticas nacionales... son características de un momento en la historia de España en el cual el desarrollo del capitalismo en el conjunto del país comienza a igualarse al que ya existía en Cataluña y es entonces cuando la burguesía catalana cobra un papel central en el Estado.

Punto esencial en este desarrollo que consolidó la fuerza de la burguesía catalana en el Estado español es la I Guerra Mundial seguida de sus consecuencias sobre el terreno de la lucha política interburguesa y de la lucha de clase del proletariado sobre todo en el terreno económico inmediato. A la conocida posición neutral del país, que se correspondió con una posición de equilibrio determinada tanto por la debilidad política y económica del mismo (debilidad que le colocaba, por otro lado, en el lugar deseado por las potencias imperialistas contendientes) como por las posiciones enfrentadas en el seno de la propia clase dominante entre aliadófilos y germanófilos (socialistas e industriales en el primer bando, oligarcas terratenientes en el segundo) se superpuso la política comercial de la burguesía catalana: en un momento en el cual los flujos de mercancías y capitales estaban suspendidos en toda Europa, las fábricas catalanas comenzaron a trabajar al máximo rendimiento que su débil capacidad les permitía. Suministros de bienes de primera necesidad a los países del bando aliado, productos manufacturados, industria ligera... Parte del botín de la guerra de rapiña que dejó a la civilizadísima Europa convertida en un cementerio de cadáveres

proletarios fue a parar, durante los años 1914-1918 a la también civilizadísima burguesía catalana. Por otro lado, cientos de miles de proletarios del campo fueron arrastrados por la ola de crecimiento económico hacia las principales ciudades de Cataluña (Barcelona, Mataró, Reus...) aumentando exponencialmente la población obrera de la región. La visión general del impacto de la guerra imperialista en España tiene, por lo tanto, la siguiente forma: Por un lado, posición privilegiada de la burguesía catalana, que aprovecha una situación que el resto de la clase dominante del país es incapaz de rentabilizar, convirtiéndose por lo tanto en una especie de vanguardia en lo que a desarrollo económico y político se refiere. Por otro lado y como consecuencia de la concentración de capital en la región catalana, fuerte aumento de la lucha de clase del proletariado que responde tanto a las penosas condiciones de existencia en la industria local como a la gran esperanza que le aporta la revolución comunista en Rusia con el desarrollo de sus organizaciones de clase sobre el terreno de la lucha económica, colocándose al frente de la lucha obrera en todo el país.

De hecho, cuando se vio enfrentada a la presión sindical de la clase proletaria organizada en la Confederación Nacional del Trabajo, será la propia burguesía catalana la que en 1923 imponga la dictadura de Primo de Rivera que supuso tanto la disposición de todos los medios del Estado para liquidar el movimiento obrero como para impulsar un programa de reforma económica que aumentase la inversión de capital en España, la mejora de las infraestructuras, el comercio exterior, etc.

Las agitaciones posteriores del nacionalismo catalán tienen un carácter muy diferente. El hecho de que la burguesía catalana lograra un papel central en el Estado español no supuso el fin de las particularidades catalanas. Como el desarrollo del capitalismo en España no homogenizó todo el territorio nacional ni evitó la pervivencia de islas súper industrializadas en un mar esencialmente agrícola y de pequeña industria. Las contradicciones sociales que esta situación generaba no se solucionaban con la influencia burguesa catalana sobre los gobiernos de Madrid: el mundo capitalista es cualquier cosa menos un remanso de paz y en él las tensiones latentes, sólo temporalmente aplacadas por los periodos de prosperidad, vuelven a aparecer en la superficie cuando, inevitablemente, esta prosperidad da lugar de nuevo a la crisis social. La burguesía, por fuerte que sea su Estado, por ca-

(sigue en pág. 6)

Cataluña, punto de...

(viene de la pág. 5)

paz que sea de involucrar en este a todas las facciones de su clase, es incapaz de evitar que la guerra, abierta o larvada, sea el destino de su mundo. Y por ello es incapaz de evitar que todos los problemas que la imposición de su poder de clase deja abiertas vuelvan a restañar en cada sacudida adversa. La crisis de 1929 abrió en España el periodo de la II República, caracterizado por la incapacidad de la burguesía para controlar tanto al proletariado como las tendencias centrífugas de la economía que amenazaban el frágil equilibrio nacional logrado en las dos décadas precedentes. El «problema catalán» reapareció con fuerzas renovadas, involucrando esta vez a la pequeña burguesía local que, golpeada por la crisis económica, se colocó bajo la bandera del independentismo como vía para asegurar su pervivencia social. En una situación en la cual la caída del beneficio capitalista exasperaba la competencia en los negocios burgueses, el independentismo se presentaba como una solución basada en una barrera que frenase esta competencia separando a la «nación catalana» de sus rivales españoles. Apoyándose en la debilidad secular del Estado español, especialmente aguda en tiempos de crisis, esta pequeña burguesía obtuvo satisfacción casi total de sus exigencias, en parte porque con ello confiaba la propia burguesía catalana en construir un muro de contención contra el repunte de la lucha de clase del proletariado. Hasta dos veces se proclamó la República catalana en el periodo que va de 1931 a 1939 y en ambas se mostró cuál es el destino que le espera, siempre, a la pequeña burguesía: o la sumisión a fuerzas sociales mucho más potentes (1931-Maciá proclama una independencia que al momento queda sin efecto en vista de los acontecimientos en el resto de España) o su derrota a manos de estas mismas fuerzas (1934-derrota de la Generalitat insurrecta con sólo un par de disparos de advertencia). No deja de resultar significativo que, precisamente en el momento en el cual el Estado burgués español se tambaleó con más fuerza, durante el golpe de Estado de julio de 1936, la pequeña burguesía catalana se abstuviese de otra intencionalidad independentista: entonces fueron los proletarios quienes gobernaron la calle y la Esquerra Republicana y Companys a la cabeza sintieron el verdadero peligro de no contar con el respaldo de España. Pese a que la nueva mitología nacionalista catalana cifra en la caída de la República (que para esta mitología fue un oasis de paz y democracia) la

nueva pérdida de las «libertades catalanas», realmente la toma del poder por parte de Franco no significó nada nuevo en la relación entre Cataluña y España. Es cierto que la autonomía se liquidó definitivamente, pero por parte de la República y un año antes de que las tropas nacionales fueran acogidas entre vítores por los burgueses de Barcelona. Esta supresión, tomada en su vertiente franquista, simplemente formó parte de un proyecto de concentración de todas las fuerzas disponibles con el fin de acabar con la tensión social que se vivió en España. Fue, en el más puro sentido burgués, un ejercicio de ahorro destinado a conformar un auténtico partido único de la burguesía que no permitiese tendencias disgregadoras en su seno, durante los primeros años del régimen de Franco, porque la amenaza interna y la situación mundial creada por la segunda guerra imperialista lo exigían. A partir de 1959, con el inicio del llamado «desarrollismo», porque la buena marcha de los negocios hacía a todos los burgueses marchar al unísono, la burguesía catalana, privada de una influencia directa y abierta sobre el Estado, soportó perfectamente esta situación (con diferencia mejor que la vivida en los terribles días del '36) y colaboró directamente con ella. Sólo cuando una nueva crisis hizo emerger de nuevo la tensión social a la superficie, cuando las formas autoritarias del Estado franquista no permitían gobernar el país con la fluidez necesaria, hizo de nuevo su aparición la reivindicación nacionalista y otra vez lo hizo como vía para obtener un lugar, esta vez ya legalmente reconocido, en el Estado democrático.

En cualquier país capitalista, la paz sólo es una tregua temporal de la guerra.

La crisis capitalista de los años '70 se saldó, en España, con una profunda reestructuración del Estado burgués. Si hemos traído a colación una larga explicación acerca de la naturaleza de clase de este estado y de las luchas intestinas acontecidas en su seno hasta los años del franquismo (con todo su aparato de justificación ideológica) no es por hacer un esfuerzo historiográfico, sino porque los treinta años que van desde la unión de todas las fuerzas burguesas del país detrás de la Constitución hasta el estallido de la crisis mundial de 2007-2008, y los casi cuarenta que han transcurrido desde entonces hasta hoy, constituyen la demostración de que ni siquiera el plan mejor elaborado por los técnicos burgueses puede evitar la vuelta periódica al enfrentamiento en el que resurgen las tensiones que están en la base material del desarrollo del capi-

talismo y del moderno Estado burgués en España.

Los *Pactos de la Moncloa*, continuación de la legislación económica de los últimos años del franquismo encaminada a minimizar los costes laborales de la producción nacional, fueron la base de la acción mancomunada de todas las fuerzas burguesas y sus aliados oportunistas para salvar las necesidades inmediatas que la crisis capitalista mundial planteaba al capitalismo en esta región del mundo. Detrás de este inmenso esfuerzo por garantizar un mínimo de colaboración entre esas fuerzas burguesas en el terreno económico, pudo venir la Constitución, un pacto político más general y con horizontes más amplios en el que ya entraron en juego las primeras diferencias insalvables planteadas por los representantes políticos de los distintos actores en juego: al tener un planteamiento con más recorrido temporal cada una de las fuerzas representadas intentó garantizarse un margen de acción mayor. De ahí la ambigüedad de la Constitución sobre terrenos básicos como la unidad nacional, garantizada siempre *manu militari* pero susceptible de ser alterada legalmente por las amplias *zonas grises* del texto constitucional, la incapacidad de centralizar funciones básicas del Estado como la propia educación, la cuestión lingüística, el ámbito fiscal... La Constitución de 1978 garantizó... que nada estaba garantizado plenamente. Y abrió la vía al desarrollo del verdadero corpus legal fundamental del Estado español, es decir, a los Estatutos de autonomía, las legislaciones específicas de cada territorio, que llegan al punto de permitir a los gobiernos locales contar con su propia policía, sus propias embajadas comerciales en otros países, su propio sistema tributario, etc.

Si para el marxismo fue evidente, desde los artículos que escribió Marx sobre España, que la lucha por la disolución de las formas sociales preburguesas se realizaría no en el sentido de una súper centralización al estilo francés, sino por la vía federal, las lecciones de siglo y medio mostraron a la burguesía española que, incluso en la fase de desarrollo imperialista, resulta imposible contener las tendencias que marchan en ese sentido y que la combinación de un Estado hipertrofiado y altamente centralizado, fórmula común a todos los estados modernos, con unos amplios márgenes de actuación para las diferentes fuerzas burguesas locales que impidiese que toda la estructura legal saltase con el mínimo revés, era la única fórmula aceptable en un país donde, además, la estructura económica se caracteriza por el predominio de la pequeña empresa, forma de organización de por sí incapaz de dar

la base para la centralización. Obviamente esta fórmula política y legal constituyó únicamente una fórmula de apaciguamiento temporal de las tensiones desatadas por la crisis de 1975. Mediante ella se pretendía abrir la puerta a un desarrollo del sistema institucional que garantizase su cuota de influencia a las fuerzas sociales que intervinieron en ella a la vez que se levantaba un aparato político, la democracia de las autonomías, que permitiese involucrar a la clase proletaria en el funcionamiento del propio Estado partiendo de los niveles más básicos del gobierno local. A través de esta fórmula se logró crear un amplio estrato pequeño burgués vinculado a la gestión autonómica, con unas capas proletarias firmemente vinculadas a él entre sectores favorecidos por las disposiciones de la política local (profesores, vinculados directamente a la gestión del bilingüismo; trabajadores de las grandes industrias, vinculados a las prebendas autonómicas a las grandes empresas de cada sector para que se instalasen en su territorio; funcionarios sindicales, interesados en la captación de subvenciones autonómicas, etc.) e interesado en la participación democrática en las instituciones locales, mucho más susceptibles de ser influenciadas por exigencias locales y corporativas que el Estado central. Todo esto constituye el desarrollo particular de la democracia en España desde 1975, democracia que tiene mucho más que ver con la «democracia orgánica» franquista que con el ideal liberal del siglo XIX, de la misma manera que las democracias italiana, francesa o alemana tienen más que ver con el modelo fascista que con sus respectivos modelos de Estado previos a la Iª Guerra Mundial. Si en esos países se confirmó la tesis marxista acerca de la necesidad para la burguesía de concentrar al máximo los resortes de intervención económica en manos del Estado y de imponer un dominio totalitario sobre el proletariado mediante vías democráticas, en España esta confirmación tuvo el extra de ver también ratificada la imposibilidad de lograr una unificación plena del propio país. Hoy, la lucha entre el frente «nacionalista» catalán y el sector «unionista» español, constituye el punto de ebullición de las tensiones que este «modelo» político y legal nunca pudo liquidar. Por el contrario, sólo consiguió preparar la base para que, en el actual contexto de fuertes convulsiones sociales, emerjan con una fuera redoblada. La crisis capitalista mundial se extendió en España por los canales que la configuración institucional había creado, siguiendo la línea de menor resistencia y erosionándolos a su paso. Un fuerte intervencionismo estatal sobre el terreno económico, idéntico al

del resto de potencias imperialistas pero que deja amplios márgenes de maniobra a cada burguesía local sobre su territorio, ha constituido la base para el enroque de estas burguesías sobre sus exigencias irrenunciables. Todo el aparato organizado para la intervención económica, desde las Cajas de ahorros que canalizaban el capital de la pequeña burguesía local hacia la inversión internacional a gran escala, hasta la lucha por acaparar las instalaciones de la gran industria de la automoción en los respectivos límites autonómicos de cada facción de la burguesía, se puso en marcha desde 2008 como arma de agresión contra los competidores nacionales, y esto determinó el enfrentamiento sobre el terreno político. Convergencia i Unió, origen del actual Junts per Catalunya, era el partido que monopolizaba la representación de los «intereses catalanes» en el ámbito del Estado central porque era la formación política que centralizaba la gestión de la economía local, porque surgió como órgano encargado de esta función. Esquerra Republicana de Catalunya, representaba los intereses de la pequeña burguesía profesional y rural, vinculada tanto a los programas autonómicos de distribución de rentas como a la propia administración autonómica. Ambas tardaron poco en coaligarse en un frente unido contra las exigencias del Estado central, es decir, del resto de competidores nacionales, y en defensa de un marco fiscal más generoso para los intereses del capital radicado en Cataluña. El «nacionalismo», el *Procés*, el referéndum y la «República», vinieron después, cuando les fue imprescindible luchar sobre el doble terreno del enfrentamiento contra el Estado central y de la movilización social interna, especialmente del proletariado, con el fin de neutralizarlo.

La llamada «cuestión catalana» no se liquidará ni con el *procés*, ni con la presión estatal. En Cataluña se juega la implosión del «diseño» del Estado español: para salvar las consecuencias de la crisis capitalista de 1975, se puso en marcha una serie de reformas políticas que compatibilizasen la necesidad del capitalismo «español» de competir con sus rivales exteriores con las exigencias de cada una de las facciones burguesas que se nutren de ese capital. Todo el ensamblaje institucional posterior es, por lo tanto, un equilibrio tan inestable como el propio sistema capitalista. El retorno de la crisis capitalista ha evidenciado esto. Si en Cataluña ha saltado la liebre, y parece que el resto de competidores se aprestan a darle caza todos a una, las tensiones que han aflorado no dejarán inmune a ninguno de ellos, y no tardarán en volver las armas unos contra otros.

Las razones de nuestro abstencionismo

(Textos del partido N° 1, Octubre 2015, A4, 20 páginas)

- Introducción
- El parlamento y la lucha por los sóviets (Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919)
- La Tercera Internacional y el Parlamentarismo (De «El Soviet», año III, n°11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)
- La nueva época y el nuevo parlamentarismo (Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el arlamentarismo, II Congreso de la IC 1920)
- Tesis sobre el Parlamentarismo (Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano • II Congreso de la IC 1920)
- Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)
- 1921. Elecciones (A. Bordiga, «El Comunista» del 14/04/1921)
- Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «El Comunista» del 21 de abril de 1921)
- El cadáver todavía camina (De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953)

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid
Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano
Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07
Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

LEE

EL PROLETARIO
 Órgano del Partido
 Comunista Internacional

Dónde puedes encontrar
'EL PROLETARIO'

Librería Primado
 Avda.Primado Reig 102
 46010 - Valencia

Traficantes de Sueños
 C/ Embajadores, 35
 28012 - Madrid

La Rosa del Foc
 C/ Joaquim Costa 34 bj
 28001 - Barcelona

Librería Sandoval
 Plazuela del Salvador, 6
 47002 - Valladolid

El capitalismo mundial...

(viene de la pág. 7)

globales se esfumaron casi 7500 millones de capital accionario. Todavía, aseguran los expertos, la economía americana y global está en plena forma y sus «fundamentos son sanos», para utilizar su jerga. Pero, como escribía Marx citando sarcásticamente las descripciones de las crisis hechas por los economistas: «Los negocios parecen siempre exageradamente sólidos justo en la vigilia del crack» (1).

En este inicio del 2018, los más o menos grandes economistas burgueses han mostrado en realidad un clamoroso optimismo: diez años después del estallido de la «gran recesión», el crecimiento habría sido retomado en términos firmes. Damos sólo un ejemplo, el de las directrices del FMI que en una entrevista a finales del año pasado afirmaba que la tendencia a la reanudación económica observada en 2017 se confirmaría en 2018 y, además, que «la economía global volverá a la tasa media de las dos décadas precedentes a la gran crisis financiera de 2007-2008» (2)

Las cifras parecen confirmar este optimismo. Mientras el año 2016 se inició con una serie de caídas de la bolsa, el hundimiento de los precios del petróleo y de otras materias primas, una segura ralentización económica, la temida recesión no se ha confirmado a nivel mundial. Todo ha sucedido como si el capitalismo mundial hubiese desplazado su crisis a los países llamados periféricos. Evidentemente no se trata de una acción planificada y realizada conscientemente; sino de grandes imperialismos que dominan el planeta y que tienen medios y recursos para posponer, dentro de una cierta medida, o tratar de atenuar, las crisis, y relanzar su maquinaria económica, cosas de las cuales los países que dependen económicamente de ellos no disponen. Protegiendo a los países capitalistas centrales, la crisis ha golpeado de manera más o menos dura, a los países productores de materias primas, como por ejemplo, en América Latina, a

Brasil o a Venezuela, en África a Nigeria y Sudáfrica o, en Europa, a Rusia (golpeada también por las sanciones occidentales impuestas después de la anexión de Crimea)

Europa, Norteamérica, Japón, etc. han registrado un crecimiento desigual, o un estancamiento económico, pero no han entrado en recesión.

CICLO DE LA CRISIS

En sus estudios sobre el capitalismo, Marx evidenció la existencia de la crisis económica, más o menos intensa o devastadora, pero que se presenta regularmente. Esta repetición de las crisis es la manifestación de las contradicciones internas del capitalismo, un sistema económico incapaz por naturaleza de tener un desarrollo económico armonioso; cualquier empresa en competencia con las otras genera –sin tener en cuenta el mercado y dado que este no es fácilmente expansible– el aumento de la producción según las reglas de la ley del beneficio, determinando inevitablemente una crisis de sobreproducción.

Marx explica «No es que se produzcan demasiados medios de producción para poder ocupar a la parte de la población idónea para el trabajo. Al contrario. Primero se produce una parte excedente de la población, que no es realmente apta para el trabajo; que, por sus condiciones, depende de la explotación de otros o de trabajos que pueden valer como tales sólo en el ámbito de un modo de producción miserable. No se producen, en segundo lugar, medios de producción suficientes para que toda la población idónea para el trabajo lo haga en las condiciones más productivas, por lo tanto su tiempo de trabajo absoluto se abrevia gracias a la eficiencia del capital constante empleado en el curso del tiempo de trabajo. Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y medios de subsistencia, para hacerlos funcionar como medios de explotación de los trabajadores dada una tasa de beneficio. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar en las condiciones de distribución y en las relaciones de consumo dadas por la producción capitalista el valor en ellas contenido y el plusvalor allí encerrado, y reconvertirlos de nuevo en capital, es decir para poder cumplir este proceso sin explosiones perennemente recurrentes. No es que se produzca demasiada riqueza, es que se produce periódicamente demasiada riqueza en su contradictoria forma capitalista.» (3)

Las crisis económicas son la demostración del carácter limitado de la producción capitalista, que entra en contradicción con las necesidades de la sociedad humana: vemos «que no es un modo de

producción absoluto, sino histórico, correspondiente a una cierta y limitada época de desarrollo de las contradicciones materiales de la producción»

Estas crisis económicas en los tiempos de Marx se repetían de media cada diez años. Desde el fin de la última guerra mundial, su periodicidad ha tendido a abreviarse, teniendo lugar cada 5 años. La expansión del mercado global, con la creciente importancia del comercio internacional y de los flujos financieros transfronterizos para la mayor parte de los países, ha aumentado su simultaneidad y acrecentado su potencia.

No existe todavía una regla fija, en cuanto que factores extraños al campo estrictamente económico intervienen para ralentizar o acelerar su ritmo, a aumentar o reducir su intensidad.

La crisis de los primeros años '90 fue considerada en un primer momento una recesión económica en los países anglosajones durante 1990-91, después una brusca caída económica en la Europa continental en el invierno de 1992-93, amplificada por una política deflacionista que dio lugar a la crisis mundial, implicando a Japón en el marasmo en 1993. La siguió la crisis económica de los países exportadores del Sudeste asiático en 1997, que se propagó a Rusia en 1998. Pero a nivel mundial, la crisis se manifestó sólo en 2000-2001 con el estallido de la «burbuja de Internet»; en realidad, fue la recesión la que hizo estallar la burbuja, no al contrario.

La reanudación económica que siguió fue laboriosa, impulsada principalmente por un recurso masivo al crédito (y, en los Estados Unidos, por la guerra en Irak, que representó un potente estímulo para el complejo de la industria militar); las famosas «subprimes» (préstamos bancarios de alto riesgo que se ofrecieron a una clientela poco solvente), que provocaron duras pérdidas para la banca, fueron sólo la parte más visible de la crisis de crédito que estalló apenas la ralentización económica se hizo sentir y fue sofocada en la gran crisis del 2008.

Esta última ha hecho vacilar al sistema bancario y financiero internacional y ha hecho caer la producción como no había sucedido desde los años '30 del siglo pasado. Pero la intervención masiva de los Estados permitió el rescate de la banca y de otros instrumentos financieros (incluso mediante su nacionalización) y bloqueó la crisis: planes clásicos de «relanzamiento económico», financiados por préstamos estatales y déficit, bajada de las llamadas «taux directeurs» de las bancas centrales para hacer caer los tipos de interés, etc. (4); pero sobre todo la adopción de las medidas consideradas «no convencionales» («flexibilidad cuantitativa», conocido como «quantitative easing» (5), en el

TERRORISMO Y COMUNISMO de L. Trotsky

El libro se puede descargar en el sitio del partido en internet:

www.pcint.org

Para copias en papel, escribe: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

lenguaje abstracto de los economistas) que consiste en realidad en la creación de dinero para los mercados financieros. Estas últimas medidas se adoptaron a partir de 2008 en los Estados Unidos y desde 2009 en Gran Bretaña; se asumieron en 2013 y en 2015 respectivamente por parte de Japón y de Europa a causa del persistente marasmo económico en estas dos regiones. Dando liquidez a los bancos a través de la compra de títulos en los mercados financieros (incluidos los «créditos inexigibles», es decir, los préstamos bancarios no recuperables) estas medidas permitieron consolidar, favorecer, la reanudación de los intercambios bancarios (casi congelados en el ápice de la crisis), facilitar el restablecimiento del crédito y reactivar la economía en su conjunto (6).

¿ESTANCAMIENTO SECULAR O SOBREPDUCCIÓN CRÓNICA?

La reanudación económica se concreta, pero es excesivamente «débil», al punto de que aparece (o reaparece) la tesis del «estancamiento secular». Esta noción, que parece tener su origen en los años '30, se refiere a largos periodos históricos en los cuales el crecimiento económico es débil, como a finales del siglo XIX (el colapso de 1873 a 1894) o entre las dos guerras mundiales. Según los autores de esta concepción, ahora habríamos entrado en una situación similar. Es cierto que el capitalismo, a escala mundial, no conoce ya un crecimiento sostenido. Según los datos del FMI, el crecimiento anual del PIB de los grandes países capitalistas, que era del 2,8% antes de la crisis de 2008 (y del 5,64% en los años '60 del siglo pasado, época santa del crecimiento capitalista) cayó después al 1,6%. Los economistas del FMI y otros sostienen que el «crecimiento potencial» disminuyó con la crisis del 2000 en los países capitalistas más avanzados y con la crisis de 2008 en el resto. Por lo que respecta a las causas de esta disminución, se dan las explicaciones más absurdas (7).

Como decía el *Manifiesto Comunista*, el capitalismo supera sus crisis sólo preparando crisis aún más graves. La crisis del 2008 ha podido ser superada, y la reanudación económica ha sido posible, gracias al masivo recurso al crédito, que representa una expansión artificial del mercado; más, en particular, en la forma de un creciente debilitamiento de los Estados, además de las empresas y los agentes privados.

El debilitamiento internacional ha logrado un nivel récord (8); en particular la «montaña de deuda» que alimenta la economía china, según el FMI, «se vuelve peligrosa» para la economía mundial (9).

El flujo de liquidez en el circuito económico y las bajas tasas de interés han

contribuido indudablemente a drogar al capitalismo, que se ha quedado sin aire; pero también han estado en el origen de las burbujas especulativas, en cuanto la banca y las otras grandes sociedades financieras estaban a la caza de inversiones rentables, a causa de la dificultad de encontrarlas en la que es llamada «economía real» y en la cual los beneficios permanecen aún demasiado bajos.

Es así como se explica la moda del «cripto-valor», como el bitcoin (se trata de monedas enteramente especulativas en cuanto son poco utilizables para comprar o vender cualquier cosa); o, menos anecdóticamente, una renovada especulación sobre las materias primas y, sobre todo, el continuo aumento de las bolsas de valores. Este último crecimiento está casi del todo desconectado de la marcha de la economía: se registró un aumento de casi el 33% para Wall Street desde el inicio de 2017, en el momento de su récord, el 25 de enero, o lo que es lo mismo, un aumento diez veces superior al de la economía norteamericana (10).

Las burbujas especulativas explotan inevitablemente (el colapso del bitcoin, -70% el 6 de febrero respecto a su récord a mitad de diciembre, y de otras criptomonedas, ha sido espectacular, teniendo en cuenta su aumento precedente) y esto tiene una inevitable repercusión, más o menos marcada, en la economía; pero sería un error concluir que las raíces de las crisis resida en la especulación, en la avidez de los banqueros o financieros sin escrúpulos.

En realidad, la causa de las crisis económicas reside en la sobreproducción, aun cuando la especulación sea el factor desencadenante. Marx y Engels explicaban que *«La especulación por lo general se presenta en los periodos en los cuales la sobreproducción está en pleno curso. Ofrece a la sobreproducción, momentáneamente, canales de salida, y precisamente por esto acelera el estallido de la crisis y aumenta su virulencia. La crisis misma estalla antes en el campo de la especulación y sólo sucesivamente pasa al de la producción. No la sobreproducción, sino la sobreespeculación, que a su vez es sólo un síntoma de la sobreproducción, aparece por ello ante los ojos del observador superficial como causa de la crisis. El sucesivo descenso de la producción no aparece como consecuencia necesaria de su pretendida exuberancia, sino como simple contragolpe del colapso de la especulación»* (11).

Citamos la famosa frase del *Manifiesto Comunista*:

«¿Con qué medios supera la burguesía la crisis? Por un lado, con la destrucción obligatoria de fuerzas productivas; por otro, con la conquista de nuevos mercados y con la explota-

ción más intensa de los viejos» (12). Para que la reanudación económica sea vigorosa es necesario que la destrucción de fuerzas productivas –bajo la forma de quiebras de empresas, cierres de fábricas, despidos de proletarios, etc - y/o que la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los vecinos sean suficientemente importantes. El recurso al déficit de balance y al crédito es un modo fácil para obtener una explotación más intensa de los mercados o la creación de unos nuevos; pero la economía del crédito no puede ser suficiente a largo plazo para superar la congestión de los mercados si la sobreproducción crónica, que es la causa de esta débil recuperación económica que tanto turba a los economistas, no es abolida –cosa que en última instancia sólo puede realizarse con un conflicto mundial.

Al mismo tiempo, los riesgos del recurso masivo al crédito se vuelven cada vez más amenazantes si no se logra comenzar un crecimiento sólido (13). Dando por hecho que esta reanudación estaba en curso, al final del año pasado, la FED anunció el fin de su política de tipos de interés; mientras, más cauto, el Banco Central Europeo anunció sólo la reducción gradual de su política de inyección de liquidez en la economía (los famosos *Quantitative Easing*).

¿Pero el capitalismo enfermo estará en condiciones de resistir a la suspensión de su droga de dinero fácil, al precio de cualquier colapso de la bolsa... o recaerá en el síncope?

* * *

Han pasado diez años del estallido de la última crisis económica mundial, que representa uno de los dos ciclos más largos de los últimos 70 años: el fin del ciclo es por lo tanto inmediato, aun si medidas masivas para apoyar a las empresas y a la economía, como las anunciadas recientemente por Trump (una significativa reducción de tasas, aumento de los gastos militares, grandes obras) pueden postergarla aumentando los beneficios de las grandes empresas. Por otro lado, estas medidas comportan, con el tiempo, grandes riesgos económicos, alargando el déficit de balance americano, que podría llegar a casi mil millones de dólares ya el próximo año (14).

Los últimos diez años han visto un cambio en las relaciones de fuerza entre las grandes potencias imperialistas: la crisis revela de manera cruda los respectivos puntos de fuerza y debilidad, como veremos en un próximo artículo. Las rivalidades económicas se agravan sin parar –para convencerse es suficiente tomar en consideración las iniciativas del go-

(sigue en pág. 10)

El capitalismo mundial...

(viene de la pág. 9)

bierno americano, que sería particularmente estúpido atribuir a los caprichos de Trump. Estas se dan en todos los campos a partir de las exigencias de las grandes empresas y de los potentes grupos de intereses estadounidenses que se sienten amenazados por sus competidores extranjeros, sean estos chinos, europeos, canadienses u otros.

Y estos enfrentamientos de intereses están inevitablemente destinados a pasar del campo económico al político y, en fin, al militar. El aumento de los gastos militares en muchos países del mundo no tiene otra causa.

Pero la crisis mina también el status quo social y las relaciones de fuerza entre las clases; 2018 se ha iniciado con manifestaciones y revueltas en Turquía e Irán. Este es un buen auspicio para el futuro; aunque todavía, hasta que el proletariado no reconquiste la fuerza de organizarse y de luchar sobre bases clasistas, permanecerá como víctima indefensa contra el capitalismo, en tiempos de crisis y en tiempos de prosperidad.

(1 - continúa)

NOTAS:

(1) *El Capital*, Libro III, capítulo XXX, *Capital dinero y capital efectivo*, Akal, 1997, vol VII, página 195.

(2) Entrevista a Christine Lagarde, *Le Journal du Dimanche*, 30/12/2017.

(3) *El Capital*, Libro III, capítulo XV, *Desarrollo de las contradicciones internas de la ley*, epígrafe 3, *Exceso de capital y exceso de población*, Akal, 1997, vol VI, página 329.

(4) *Taux directeurs*: son tasas de interés a corto plazo fijadas por las bancas centrales para pilotar su política monetaria y controlar de esta manera la masa monetaria en un intento de regular la actividad económica de su país.

(5) Quantitative easing (QE), es una medida de política monetaria adoptada por una banca central cuando los instrumentos tradicionales de esta política se revelan del todo insuficientes para afrontar los efectos recesivos o deflacionarios de una crisis económica o financiera de gran amplitud. Con los QE la banca central decide comprar grandes cantidades de títulos para inyectar en la economía la liquidez que falta a causa de la crisis financiera, con la intención de reavivar la actividad económica y la inflación.

(6) «Después de haber reducido las tasas de interés [precio del dinero prestado] a casi cero en diciembre de 2008 –en plena crisis financiera– la FED (Banca central americana) lanzó más de 300.000.000 \$ a la economía en el cuadro de su programa de QE» Reuters, 26/07-72017. Para aclarar la idea, esta inyección de liquidez por casi 10 años, equivale casi al 20% del PIB anual de los Estados Unidos.

(7) «Los feos presentimientos de los individuos» que recuerdan la crisis de 2008 y explicaban así este «estancamiento secular», según el premio Nobel de economía (o de estupidez) R.J. Schiller.

(8) Según el Instituto de Finanzas Internacional, esta deuda era al finalizar el año pasado de 226.000 miles de millones de

dólares (equivalente a más de tres veces el PIB mundial) Sobretudo los «países emergentes» debían reembolsar o «refinanciar» (pedir prestado de nuevo) esta año 1700 miles de millones de dólares. Cfr. BFM Bussines. Frente a estas cifras, la Banca de reglamentación Internacional, ha advertido del posible riesgo de un crack, cfr. BIS, Informe trimestral, diciembre de 2017.

(9) Cfr. FMI, China Country Report 12/08/2017. El propio gobernador de la Banca central china ha advertido oficialmente sobre la existencia de «numerosos, amplios, complejos, contagiosos y peligrosos» riesgos financieros en la economía del país. Cfr. *Bloomberg News* 4/11/2017.

(10) Cfr. *The Economist*, 27/02/17. Los mercados de accionistas japoneses y europeos han tenido incrementos similares, los records los alcanzó Italia (aumento del 44% en la bolsa de Milán) y sobre todo Austria, con un aumento de casi el 65%. Apenas dos días antes del derrumbe de Wall Street, la NatixisInvestment Bank publicó un número de su boletín «Flash Economie» que causó sensación; el título era «*La dinámica del capitalismo es hoy la que Marx predijo*». Su conclusión era la siguiente: «esta dinámica lleva necesariamente, por un lado, a la creciente disparidad del crédito y, por otro, a las crisis financieras» Cfr. *FlashEcon*° 30, 02/02/2018. Los periodistas de *Le Monde* respondieron que ninguna crisis financiera era hoy posible... Los banqueros de Natixis se e han vuelto marxistas: advierten de una situación que consideran peligrosa En otro número se preocupaban de la posibilidad de una «revuelta de los asalariados» contra los bajos salarios.

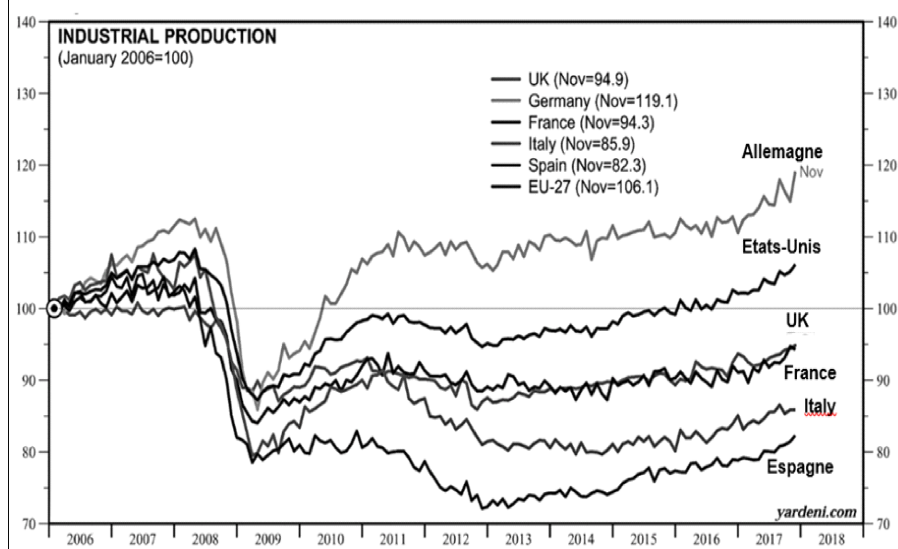
(11) Marx-Engels, *Rassegnamaggio-ottobre* [1850] en Marx-Engels, *Opere complete*, Editori Riuniti, vol. X, Roma, 1977, p 501. El fin de este artículo era analizar «la base real» que había determinado las revoluciones y las contrarrevoluciones en Europa.

(12) Marx-Engels, *Manifiesto del partido comunista*, Ediciones Progreso, Moscú.

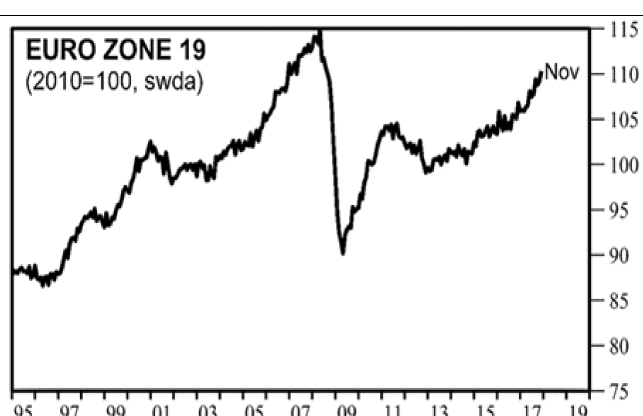
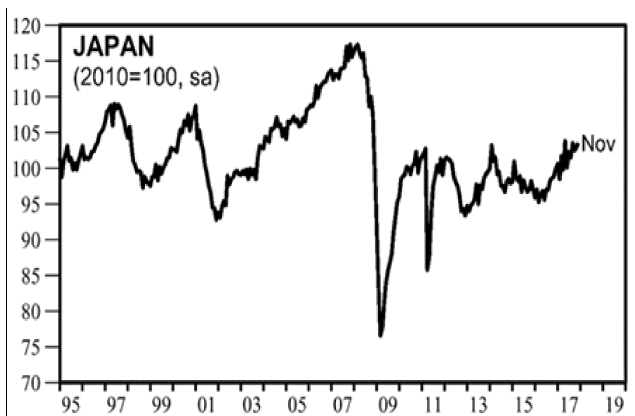
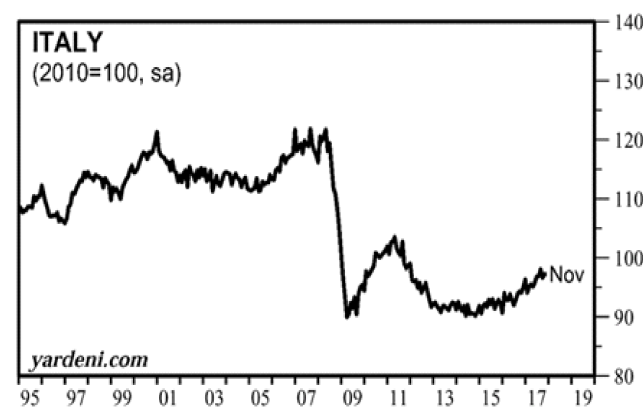
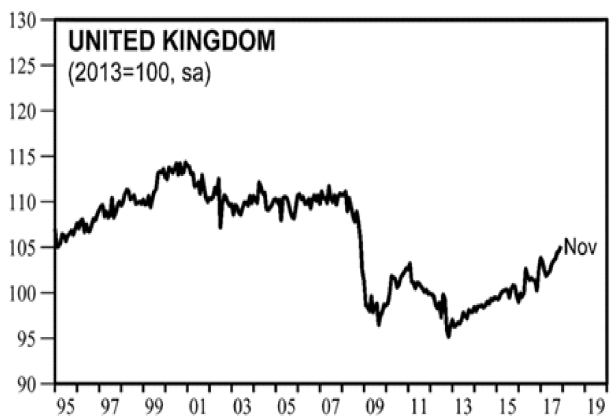
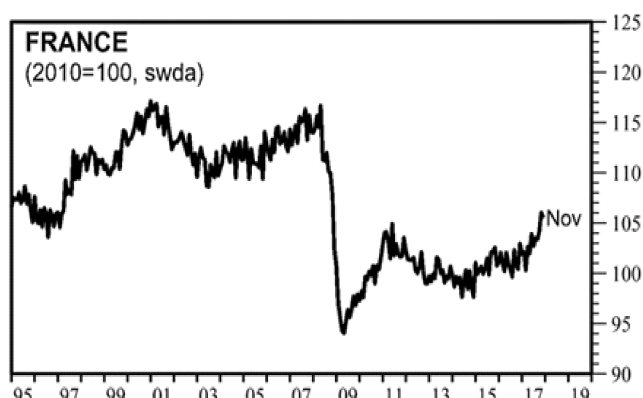
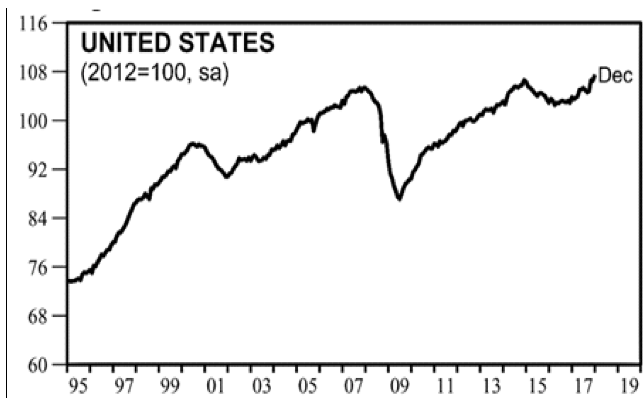
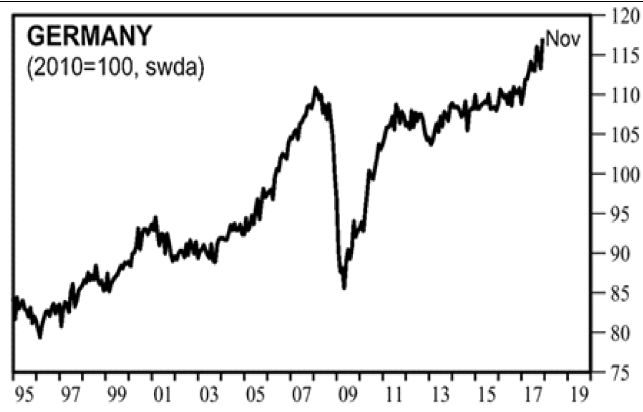
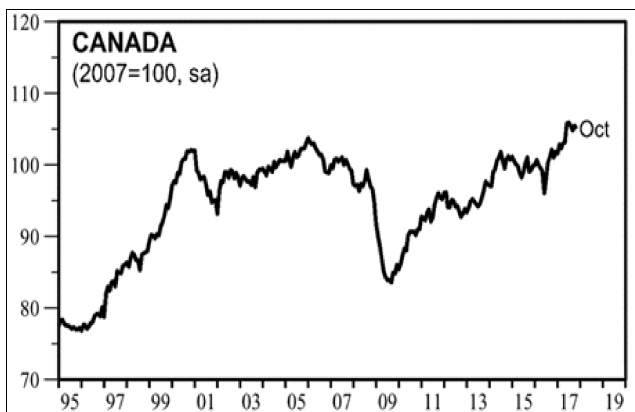
(13) Una fuerte reanudación económica permitiría pagar estas montañas de deudas. Además, según la gran banca suiza UBS, en el caso de que se verificase una nueva crisis, las autoridades monetarias de los grandes países podrían en teoría estar constreñidas a bajar las tasas de interés hasta el -4 ó -5% para salir de ella, con todas las consecuencias sobre la desorganización de los flujos financieros, económicos y monetarios de estas medidas extremas. www.capital.fr/vour-argent/at-the-next-create-the-detail-rates-can-fall-a-5bv-subs-1258724.

(14) Este sería el resultado si el proyecto de balance del gobierno Trump, presentado a mitad de febrero fuese adoptado.

Índice de la producción industrial: comparación entre seis países del G8. Sólo Alemania ha vuelto a su nivel previo a la crisis de 2008 y juega el papel de una de las principales locomotoras del capitalismo mundial.



Índice de la producción industrial de los países del G8 (sin Rusia)



Primero de mayo de 2018

La clase dominante burguesa y sus partidarios falsamente obreros festejan otro año de altos beneficios capitalistas mientras las grandes masas proletarias sufren la explotación más bestial y la miseria cotidiana.

Proletarios

No hay necesidad de recordar que vuestras condiciones de existencia dependen del salario que los capitalistas os conceden o que, a través de la lucha, conseguís sacarles; no hay necesidad de recordar que desde que la *raza* obrera llega al mundo está condenada a ser fuerza de trabajo a disposición de los capitalistas, pequeños, medianos o grandes, en las empresas privadas o en la función pública, porque el modo de sobrevivir que la sociedad capitalista os ofrece es sólo uno: vender vuestra fuerza de trabajo al capitalista que tiene interés en explotarla y que, al hacerlo, gana y gana cada vez más en la medida en la que organiza vuestra explotación de manera sistemática y científica.

No hay necesidad de recordar que, en la sociedad capitalista, son el dinero, el mercado, el cambio de valores, la compraventa, las categorías económicas... las que regulan las relaciones humanas, y que las relaciones humanas están condicionadas en origen por las relaciones de producción: en la sociedad dividida en clases, quien posee el poder económico y, por lo tanto los medios de producción, tiene en su mano el poder político a través del cual –Estado, gobierno, partidos, fuerza militar– domina a toda la sociedad y, en particular, mantiene a la clase proletaria, que es la clase productora por excelencia, en situación de depender para todo del salario, por lo tanto del capital, que da el salario sólo contra una determinada cantidad de trabajo de la cual se apodera diariamente. No hay necesidad de recordar que todo capitalista no sólo tiene interés en explotarlos lo máximo posible –porque de vuestra explotación saca su beneficio– sino que tiene interés en alimentar entre vosotros una competencia despiadada (en paralelo a la competencia despiadada que cada capitalista mantiene con cualquier otro) de manera que vuelva mucho más difícil, sino casi imposible, vuestra organización solidaria en defensa de vuestros intereses inmediatos. Que vuestros intereses inmediatos estén del todo opuestos a los de los capitalistas, es una realidad que emerge cada vez que la economía capitalista, de la cual toda empresa es partícipe por razones de mercado y de competencia con otras empresas del mismo sector, entra en crisis. La primera cosa que el capitalista hace, es proteger *su* empresa, *su* propiedad, *sus* beneficios, *sus* mercancías, *sus* relaciones de mercado y, para este fin, está dispuesto a utilizar casi cualquier medio, y por supuesto hacer pesar sobre *su* mano de obra las consecuencias de la crisis, despidiendo, acabando con algunas producciones o cerrando la fábrica, acogiendo a EREs, deslocalizando la producción y a los obreros, prejubilando, bajando los salarios...

No hay necesidad de recordaros que los capitalistas, ellos solos, sin ayuda de una serie de partidarios, de siervos, de esbirros, de

matones, no lograrían dominaros siquiera sobre el plano político y social. A los capitalistas, para defender sus intereses y su propiedad, no les basta con poseer el Estado, orientar las decisiones del gobierno, y usar la fuerza militar en todas las situaciones de tensión social. Dado que la clase obrera, en la historia, de las luchas de clases que le han visto combatir por sus propios intereses sobre el terreno del antagonismo de clase, ha demostrado, en determinados periodos históricos, estar en condiciones de sustraerse a la influencia de las fuerzas de conservación burguesas y a las fuerzas del oportunismo, y de organizarse no sólo sobre el plano de la defensa económica, sino también sobre el terreno de la lucha política y revolucionaria, la clase burguesa ha sacado las lecciones de mayor importancia para el mantenimiento de su poder político y económico. Una de estas lecciones ha sido aquella de no sólo tolerar las organizaciones económicas de clase del proletariado, sobre las cuales se apoyaba la lucha de los obreros contra los capitalistas, sino de penetrar en ellas para orientarlas en sentido reformista y pacifista, con el fin de desviarlas de sus objetivos originales de defensa exclusiva de los intereses de clase y transformarlas así en instrumentos vitales de conservación social con los que, sobre todo en periodos de crisis, el capitalismo puede contar.

¡Proletarios!

Los sindicatos obreros que, en su momento, maduraron una gran tradición de clase, a la par que los partidos obreros, podían representar un elemento decisivo en la lucha de clase revolucionaria del proletariado, y esto la clase dominante burguesa no podía permitirselo; por ello, debían ser conquistados para la conservación social por las fuerzas oportunistas, las fuerzas que vestían como obreros pero que dirigían a las masas hacia el apoyo a los valores de la economía de la empresa, de la economía nacional, de la patria, de la democracia, en apoyo a todo lo que servía al capitalismo nacional para superar sus propias crisis y volver a poner en marcha la máquina de la explotación obrera general. Y donde las masas proletarias no estaban lo suficientemente plegadas a las exigencias del capitalismo –como frente a la Primera Guerra Mundial y frente a la primera postguerra– estas fuerzas oportunistas fueron llamadas a debilitarlas de manera tal que, si fuese necesario atacar con la fuerza, destruyendo a sus partidos y a sus organizaciones económicas sindicales, esta tarea fuese realizable. El fascismo italiano, primero, y el nacional-socialismo alemán, después, demostraron que la clase burguesa dominante de los diversos países puede hacerse la guerra todas las veces que la crisis económica y política de su sistema social lo vuelva necesario, pero *su guerra histórica principal* era y será siem-

pre la guerra *contra el proletariado organizado*, el proletariado que lucha sobre el terreno de clase guiado por el partido comunista revolucionario para la conquista del poder político y para acabar de una vez por todas con cualquier burguesía, con cualquier sistema de explotación capitalista.

Los años de la Primera Guerra Mundial y de la primera postguerra, desde el punto de vista de la lucha del proletariado contra las burguesías de cualquier país, apoyando sus propias esperanzas y sus propias perspectivas de emancipación de la esclavitud salarial, sobre la formidable victoria de la Revolución de Octubre en Rusia y sobre el movimiento revolucionario en los países imperialistas más importantes, representaron para todas las burguesías un motivo de pavor, mucho mayor del que provocó la liquidación de las aristocracias nobiliarias en 1789. La puesta en juego, históricamente, era la victoria del proletariado revolucionario contra la burguesía imperialista en Europa y en el mundo: se abría un periodo histórico en el que las clases dominantes burguesas habrían podido ser efectivamente abatidas, un periodo en el que la clase proletaria internacional habría guiado la lucha de clase no sólo para sí misma, sino también para todas las poblaciones masacradas por el colonialismo imperialista y el atraso económico.

Aquella ocasión histórica no llegó a buen puerto, pese a las grandes luchas de los proletarios rusos, alemanes, húngaros, polacos, italianos, ingleses, franceses... las fuerzas oportunistas que se concentraron después en el estalinismo, tanto como ideología falsamente socialista y comunista o como práctica política y social nacionalista y tricolor, lograron infectar a todos los partidos revolucionarios, desde el partido bolchevique, devolviendo al movimiento proletario a veinte años atrás; ellos contribuyeron, de manera sustancial, a plegar a los proletarios de todos los países, en primer lugar a las exigencias de reconstrucción capitalista postbélica, haciendo pasar las posiciones según las cuales el enemigo de clase no era representado por la clase burguesa *en su conjunto*, en todas sus fracciones, sino *sólo* por la clase burguesa del país enemigo, del país «fascista», y que la vía de salida de la guerra, de la violencia, del horror, estaba en apoyar y combatir sólo por la democracia, por la restauración del parlamentarismo y de una vida política y social no encuadrada por el totalitarismo fascista. Los partidos «obrerros» se convirtieron en las columnas que sustentaban las nuevas instituciones democráticas; los sindicatos «obrerros» se convirtieron en organizaciones económicas de la clase obrera destinadas a colaborar con la reconstrucción posbélica y el renacimiento económico del país: en conclusión, el proletariado de cada país, después de haber perdido a su partido comunista revolucionario, destruido

y desfigurado por el estalinismo, perdió también sus propias organizaciones sindicales, con el resultado de que cualquier asociación política y sindical que se refería al proletariado juraba sobre la estabilidad capitalista, aún si, etiquetaba a esa misma economía como «socialista».

Únicamente una pequeñísima porción de comunistas revolucionarios que no agacharon la cabeza frente al estalinismo, que no vendieron su propia militancia revolucionaria por una carrera, sino que mantuvieron la coherencia y la continuidad política con el marxismo —la Izquierda comunista de Italia— salió del desastre mundial de la degeneración de la Internacional Comunista y del estalinismo sobre posiciones defendidas desde la constitución del Partido Comunista de Italia. Esta corriente política, que no tiene nada que ver con los que se dan el nombre de partido comunista y que han hecho una mentira del marxismo auténtico, hoy, representada por poquísimos elementos que mantienen con vida incluso la continuidad organizativa, es del todo desconocida para las grandes masas proletarias. Pero esto, dada la situación general de depresión del movimiento de clase del proletariado, es un dato que no ha asustado nunca a los marxistas: la historia no se lee a través de los grandes o pequeños personajes, no se lee a través del éxito numérico de tal o cual partido o de las corrientes de moda al estilo del sesentayocho, sino a través de las contradicciones que se mueven en el subsuelo de la sociedad, a través de fuerzas que las mismas contradicciones económicas y sociales del capitalismo producen y alimentan constantemente y que, en un cierto punto de tensión general, explotan como un volcán. Los proletarios mismos, destinados históricamente a volverse los protagonistas de la revolución más tremenda y resolutive de la historia de las sociedades humanas, no tienen ninguna conciencia de esto: poseen, objetiva y materialmente, como clase social del moderno capitalista, la fuerza histórica apta para superar cualquier sociedad dividida en clases, de las cuales la sociedad capitalista es la última en la serie histórica. Ellos, en el centro de las relaciones sociales capitalistas de producción, representan contemporáneamente una de las fuerzas de conservación gracias a la fuerza de trabajo que la burguesía explota con el fin de valorizar el capital y, dialécticamente, la única fuerza revolucionaria en condiciones de cerrar la serie histórica de las sociedades divididas en clases —la *prehistoria humana*, como afirmaba Engels— y abrir a la humanidad la vía para una sociedad de especie, para una sociedad no basada ya en la explotación del hombre por el hombre, en el dinero, en la mercancía, en el capital y en el trabajo humano; en síntesis, por el comunismo.

La clase de los trabajadores asalariados, de los proletarios, la clase de los sin reservas, es fundamental para la supervivencia del capitalismo: la explotación del trabajo asalariado por parte de los capitalistas consiste en la obligación de trabajar por parte de los sin reserva si quieren sobrevivir, y en el hecho de que el salario que el capitalista da al trabajador a cambio de la jornada de trabajo

no se corresponde con el tiempo real y total del cual el capitalista extrae su ganancia, sino sólo de una parte —la que corresponde a los medios de subsistencia que el obrero debe comprar en el mercado— mientras que la otra parte de tiempo de trabajo diario, no pagada, constituye un valor supletorio, el *plus-valor* precisamente, que el capitalista se apropia directa y completamente. En la medida en que los trabajadores asalariados permanecen en condiciones de trabajadores asalariados bajo el dominio de la burguesía, y viven su esclavitud salarial día a día sin poner en discusión las relaciones sociales y de producción impuestas por la sociedad capitalista, constituyen una clase para el capital. Pero el proletariado no ha sido, siempre, únicamente, una bestia de carga; fue involucrado por la burguesía en su lucha contra el feudalismo, contra las aristocracias nobiliarias, participando en la destrucción del poder político feudal y del modo de producción feudal para liberar a la sociedad humana de sus límites y de sus vínculos económicos, sociales y políticos, abriendo de esta manera la vía al progreso económico y social exaltado que la revolución burguesa representó históricamente. Pero el capitalismo, pese al formidable progreso técnico y productivo que ha llevado consigo, al mismo tiempo ha sustituido —y no podía hacerlo de otra manera— una sociedad dividida en clases, fragmentada y cerrada, con una nueva sociedad dividida en clases más simple y abierta al mundo; universalizando el sistema económico capitalista, imponiendo la ley del capital sobre todo el globo terráqueo, el capitalismo ha transformado a buena parte de las grandes masas populares de campesinos y pequeño burgueses en proletarios puros, expropiando tierras y actividades laborales, generalizando las relaciones de producción y sociales capitalistas y, por lo tanto, las condiciones de existencia de los sin reservas, erigiendo una sociedad en la que una pequeña minoría de capitalistas domina sobre las grandes masas proletarias y proletarizadas.

¡Proletarios!

Las condiciones de esclavos modernos las vivís cada minuto de cada día de vuestra vida. Debéis soportar sacrificios de todo tipo para dar de comer a vuestros hijos, para vivir en una casa decente, para escapar del frío o del calor, para curar las enfermedades que la mayor parte de las veces son provocadas por el mismo modo de producción frenético y opresivo; sufrís sistemáticamente la inseguridad en el puesto de trabajo, y por lo tanto en el salario, mientras el propio puesto se transforma, antes o después, en la causa de vuestros infortunios, de vuestras muertes, de vuestras enfermedades incurables. Estáis expuestos cada vez más a la inseguridad de la vida y a puestos en condiciones no sólo de sufrir impotentes esta situación, sino de no poder hacer nada decisivo para mejorar completamente vuestras condiciones de existencia. En la sociedad capitalista, bajo el dominio de la clase burguesa, dependéis totalmente de los intereses del capital: no sois otra cosa que clase para el capital, a su merced; representáis una enorme reserva de fuer-

za de trabajo de la que cualquier capitalista pesca a los trabajadores que le sirven, prefiriendo obviamente a los que se someten sin rechistar a sus órdenes. Para los capitalistas sois la *raza obrera*, pero, al igual que todo esclavo antes o después se rebela, vosotros constituís, al mismo tiempo, la fuerza de trabajo necesaria para valorizar el capital y la fuerza de trabajo excedente respecto al ciclo de valorización del capital puesto en marcha empresa por empresa. Por eso mismo hoy encontráis trabajo, pero mañana podéis ser despedidos. Y en este carrusel horrible en el que las masas humanas, de cualquier nacionalidad, edad, género, origen, son constreñidas a migrar de una ciudad a otra, de un país a otro, de un continente a otro, sólo para lograr sobrevivir en condiciones menos malas que aquellas de las que se huye, vosotros, proletarios, sin reservas y sin patria, tenéis una única vía de salida: la lucha contra las condiciones de esclavitud salarial a las cuales estáis constreñidos desde que nacéis.

La lucha por vuestra supervivencia, si no se transforma en *lucha de clase* —cuyo primer estadio es la defensa de los intereses de clase más generales, es la organización independiente de clase reconociendo el antagonismo existente entre capital y trabajo asalariado, es la solidaridad de clase entre trabajadores asalariados, es la unidad en la historia— estará siempre condicionada por el interés que los capitalistas tienen en «salvar» a alguno dejando a su suerte, peor, a todo el resto. La lucha de clase es la única respuesta verdadera de la clase proletaria a los problemas de supervivencia, a los problemas de la desocupación, a los problemas de los salarios de hambre, pero no puede brotar y desarrollarse si los proletarios no combaten decididamente contra el arma principal que la burguesía usa contra ellos: *la competencia entre proletarios*.

Como proletarios sufrís los efectos de las relaciones de producción y sociales impuestas por el capitalismo, y para combatir estos efectos no tenéis alternativa: os unís en la lucha de clase independiente de cualquier institución burguesa, de cualquier partido burgués, de cualquier organización colaboracionista, o seréis utilizados continuamente para reforzar— aun cuando un sindicato tricolor llama a la «lucha», cuando no puede hacer otra cosa si no quiere perder toda su influencia— el mismo sistema económico, social y político que es la causa de vuestra miseria, de vuestras condiciones inhumanas de supervivencia.

La lucha de defensa de los intereses proletarios inmediatos que utiliza medios y métodos de la lucha de clase es el primer estadio del renacimiento del movimiento obrero; el segundo estadio está constituido por la lucha política de clase, la lucha en la cual el proletariado se reconoce no sólo como clase *para* el capital que quiere obtener mejores condiciones de vida y de trabajo, sino como clase *para* sí, clase protagonista de la historia, clase que a través de su lucha política y revolucionaria puede cambiar completamente la sociedad, sepultando finalmente el modo

(*sigue en pág. 14*)

(viene de la pág. 13)

de producción capitalista y su defensa reaccionaria. En este camino, los proletarios se encontrarán no sólo con los enemigos declarados, burgueses y pequeño burgueses, sino también con otros proletarios que se han dejado atraer y encuadrar en las fuerzas de la conservación social. Es inevitable que esto tenga lugar, porque la clase burguesa no cederá ni un milímetro en su dominio y sus intereses: usará todos los medios a su disposición, legales e ilegales, pacíficos y violentos, económicos, políticos y religiosos; usará todas las fuerzas oportunistas que se han formado a lo largo del tiempo, de los viejos reformistas y socialdemócratas a los nuevos obreristas, movimientistas, lucharmadistas, como ya hizo en el pasado; y se inventará nuevos, como en la época del fascismo. Todo esto puede espantar y paralizar a las masas proletarias, pero la lucha de clase a la cual estas son empujadas, en un determinado momento, no es el fruto de un plan más o menos diabólico de un grupo de conspiradores: es el fin de todas las contradicciones sociales que se suman a lo largo del tiempo y, precisamente como el magma volcánico, explotan con una virulencia extraordinaria. Para que este movimiento telúrico de la sociedad no se agote en miles de enfrentamientos aislados, el proletariado tiene necesidad de organizar sus fuerzas para poder dirigirlos hacia objetivos bien precisos y no sólo inmediatos, sino históricos. Es aquí que aparece evidente la necesidad de una conciencia de clase en condiciones no sólo de dirigir el movimiento de clase del proletariado, en los diferentes países, en la lucha específica contra la *propia* burguesía, sino de hacer confluír las fuerzas proletarias hacia objetivos máximos, revolucionarios, que no pueden sino ser internacionales. La *conciencia de clase* es representada por el partido político de clase, por el partido comunista revolucionario, desde los tiempos del *Manifiesto* de Marx y Engels; por un partido que prevé todo el curso histórico de las luchas sociales y de clase y que, sobre la base de la teoría del comunismo revolucionario (que no es otro que el marxismo), en las luchas del hoy representa los fines históricos de mañana y que, colocándose como guía del movimiento de clase, es el único en condiciones de dar al proletariado de todos los países una única dirección, la dirección revolucionaria.

Hoy el proletariado no está cerca, ni mucho menos, de luchar de manera eficaz sobre el terreno de la defensa elemental de sus intereses inmediatos. Esto se debe a más de noventa años de estalinismo, que ha corrompido a partidos y organizaciones proletarias en todo el mundo, y a más de setenta años de política y práctica colaboracionista por parte de los partidos llamados comunistas y por parte de los sindicatos «obrero». La colaboración entre las clases, y la política de la clase burguesa en la fase imperialista, es la política que ha ideado y practicado el fascismo y que fue heredada por las democracias post-fascistas. Representa la corrupción más profunda que in-

fecta al proletariado, pero su resistencia en el tiempo depende del nivel de competencia que exista entre los proletarios. Combatido contra la competencia entre proletarios, se combate a la vez contra la corrupción de la colaboración entre clases, y se defiende de manera mucho más eficaz la independencia de clase de las organizaciones proletarias.

El Primero de Mayo, hace muchos años, no era un día festivo, sino un día en el que los proletarios de todos los sectores y de todas las categorías, de todos los países, proclamaban la voluntad y la decisión de luchar unidos contra la explotación capitalista y contra el poder burgués que se apoya sobre la explotación del trabajo asalariado. Hoy, el Primero de Mayo se ha convertido en una ocasión de fiesta, de conciertos, de pacificación entre las clases: es un himno a la colaboración entre las clases, es la fiesta de los capitalistas que se han apoderado de una jornada que, en un tiempo, como jornada de lucha, les hacía temblar.

¡Proletarios!

No hay nada que festejar. Mientras masas de inmigrantes mueren al atravesar el mar, son amasados en campos de concentración, explotados, torturados, violentados, asesinados; mientras la desocupación asola los países del mito del bienestar, la intensidad del trabajo de las masas ocupadas aumenta cada vez más y el trabajo se vuelve cada vez más precario aumentando inevitablemente la inseguridad de la vida; mientras las desgracias en los puestos de trabajo no cesan y tienden a ser cada vez más frecuentes, así como lo hacen las enfermedades «profesionales» a causa de la nunca controlada nocividad del trabajo (como los casos cada vez más frecuentes de muertes por amianto); mientras los salarios en general son bajados respecto al coste de la vida que tiende a aumentar y la competencia entre proletarios llega a niveles de ferocidad nunca vistos. Mientras sucede todo esto, en un marco internacional en el cual las guerras de rapiña por parte de las potencias imperialistas no han dejado de estar en el centro de los acontecimientos políticos y militares, las condiciones de existencia proletarias empeoran cada vez más.

Los sindicatos colaboracionistas claman por su «preocupación» por esta situación y apelan a los gobiernos con el fin de que promulguen algún tipo de reforma que atenué el empeoramiento general de las condiciones de los trabajadores. Como siempre ha sucedido desde que se organizaron al final de la IIª Guerra Mundial, los sindicatos colaboracionistas siguen una escala de prioridades en la defensa de los «intereses»: primero viene la patria, la nación, el Estado y su Constitución, por lo tanto la economía nacional; después la defensa de la españolidad de las empresas y su competitividad; después la productividad del trabajo que se liga a la necesidad de la reanudación económica; después la salvaguarda de los puestos de trabajo, no importa con qué salario, incluido el llamado «salario de solidaridad» con el cual los trabajadores se gravan con el

fin de permitir el mantenimiento del puesto de trabajo a compañeros amenazados con el despido; después los convenios nacionales, que al mismo tiempo son renovados cada cierto tiempo; después los salarios, para los cuales no se pueden pedir aumentos decentes porque la crisis económica ha golpeado los beneficios de todas las empresas, comprendido el Estado; después la desocupación juvenil, como problema general para el cual se pide simplemente una reforma...; después, si no hay más remedio, y sólo idealmente, de los trabajadores en peores condiciones, como los de la logística y los inmigrantes. En suma, los sindicatos colaboracionistas demuestran constantemente que los intereses que defienden y para los cuales movilizan, o paralizan, a sus afiliados, son los intereses del capital y no del trabajo. En cuanto sindicatos tricolores, sindicatos colaboracionistas, no es como para sorprenderse. Pero, dado que cada tanto, o las asociaciones patronales, o el gobierno, lanzan algunas migajas para dar a las masas, estas burocracias sindicales, que pueden contar con el apoyo constante del Estado y de las fuerzas políticas burguesas, continúan manteniendo una cierta influencia sobre el proletariado, pero perdiendo credibilidad en el tiempo.

Pero a los proletarios, para defender sus propias condiciones de existencia, les sirven organizaciones *de clase*, organizaciones de clase que no nacen de la nada, sino de las luchas de los proletarios, de una lucha que rompe los miles de lazos que le atan a los intereses de la empresa, de la productividad, de la competitividad, a los intereses de la economía nacional. Si no es hoy, será mañana, pero serán las mismas condiciones materiales de supervivencia vueltas insostenibles las que empujarán a grupos de proletarios a reaccionar, a romper la paz social, a volver a apoderarse de los medios y de los métodos de la lucha clasista que coloca en el centro exclusivamente la defensa de los intereses proletarios.

Como comunistas revolucionarios sabemos que las contradicciones sociales de la sociedad capitalista no bastarán para hacer moverse a la clase proletaria y dirigir su fuerza contra los baluartes políticos, sindicales, organizativos y militares de la sociedad burguesa. Pero si no llega esta ruptura social, los proletarios estarán destinados a sufrir continuamente una esclavitud salarial que tiende a empeorar sus condiciones generales. Será necesaria, por lo tanto, una orientación de clase, una dirección de clase gracias a la cual los proletarios se reapropien de su historia de clase, y esta orientación y esta dirección de clase han sido mantenidas vivas durante todos estos decenios por el partido comunista internacional, que continuará con este trabajo que hoy aparece privado de resultados inmediatos, pero que, con el tiempo, se mostrará vital para el mismo proletariado.

¡Viva el Primero de Mayo rojo!

27 abril de 2018

Partido comunista internacional

Nuestro partido nunca será virtual

A la hora de afrontar todos los aspectos de la vida práctica del partido, aquellos que se desarrollan sobre el terreno de la defensa de la doctrina marxista en todos los ámbitos del desarrollo social, pero también aquellos que tratan sobre problemas muy concretos como lo son el hecho organizativo que vincula a los militantes de nuestra corriente, la composición de la prensa y su distribución, la intervención sobre el terreno específico de la lucha proletaria inmediata en defensa de las condiciones de existencia de la clase obrera o la propaganda entre los elementos cercanos a nuestras posiciones, existe un criterio que ha sido, es y será siempre la clave de bóveda de nuestra orientación: toda cuestión que se plantea en el desarrollo de la vida de partido es, sobre todo, una cuestión política.

Esto significa que, por nimio que sea un problema que se debe afrontar en el marco de este desarrollo, no se encuentra determinado por la voluntad de los individuos o las organizaciones que toman parte en él sino por fortísimos condicionantes históricos que se identifican con aquellos que rigen la evolución de la sociedad capitalista. Como materialistas militantes, como defensores de la doctrina del materialismo histórico que coloca el motor de la historia en la lucha entre las diferentes clases sociales que han conformado la sociedad en cada una de sus fases históricas, afirmamos que ningún aspecto de la vida social en estas fases cae fuera del campo donde rige el más estricto determinismo y menos que ninguno aquel que se refiere a la existencia y a la lucha de la fuerza social, el partido de clase, que encamina todo su trabajo a la destrucción de la sociedad capitalista pero que lo hace, precisamente, como resultado histórico de la maduración de las condiciones materiales generales determinadas por el desarrollo de las contradicciones del modo de producción capitalista y de las relaciones de producción y sociales que se derivan de las contradicciones que se generan y hacen emerger las tendencias latentes en la propia sociedad capitalista.

Es la sucesión de los diferentes momentos de la lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, que presenta largos periodos de depresión de las fuerzas proletarias y escasos pero fulgurantes momentos de lucha sin cuartel, la que explica las vicisitudes a que se enfrenta el *partido formal*, esa unión de militantes que tiene como fin colocar sólidamente la lucha proletaria sobre las bases del *partido histórico*, es decir, del programa comunista en el sentido más

amplio posible del término. Por lo tanto, concepciones habituales como *pocos o muchos militantes, poca o mucha influencia en la clase proletaria* en un determinado momento, etc. sólo tienen sentido en términos relativos a la fase histórica por la que se atraviesa y no son, de ninguna manera, valores absolutos que midan la corrección o incorrección de las posiciones del marxismo revolucionario. *Pocos militantes*, tenía el partido marxista antes y durante la Comuna de París, y sin embargo es gracias a este partido que las verdaderas lecciones de la Comuna, ante todo la expresión viva del significado de la *dictadura del proletariado* (Engels), pudieron transmitirse y generalizarse pasando a formar parte del elenco imborrable de victorias y derrotas que ha sufrido la clase proletaria. *Pocos militantes* tenía el Partido Bolchevique de Lenin antes de 1917 y sin embargo fue la única corriente capaz de anticipar el contenido proletario y revolucionario que tendría la próxima revolución en Rusia, pese a la circunstancia histórica insalvable de que era la propia clase proletaria la que tenía que llevar a cabo la revolución burguesa arrojando los riesgos que, finalmente, acabaron por despedazarla. Igualmente *pocos militantes*, en el plano internacional, se adhirieron a las posiciones de la Izquierda comunista de Italia cuando esta lanzó la voz de alarma sobre los peligros que acechaban a la revolución comunista internacional y a la propia Rusia soviética en caso de seguir las políticas de elasticidad táctica, fusiones interpartidos con las corrientes socialdemócratas en Europa, etc. Y la historia ha mostrado que la razón estaba de su parte.

Como marxistas, somos enemigos declarados de cualquier veleidad *blanquista*, *putchista*, de cualquier concepción de la historia como producto de la acción de minorías audaces que sean capaces de violentar con sus buenos deseos y sus acciones contundentes cualquier tipo de situación convirtiéndola así en potencialmente revolucionaria; pero esto no significa que caigamos en el error, simétrico y muchas veces mil veces peor, de considerar que los marxistas deben abandonarse al curso de los hechos y seguir la inercia social, simplemente esperando tiempos mejores en los que por un abracadabra de la historia, serán puestos a la cabeza de un movimiento revolucionario puro y exento de tensiones tendentes a desviarlo. Defendemos que, en todo momento, por duro que sea este desde el punto de vista de la lucha clasista, el trabajo del partido marxista no sólo es posible, sino que

es imprescindible como preparación de las bases sobre las que se producirá el resurgir de la lucha proletaria llegado el momento. Es más, defendemos que el partido jamás debe dar por cerrado ninguno de los ámbitos de su trabajo, del estrictamente político al sindical, del propagandístico al militar, y que es únicamente un medio más o menos favorable el que propicia que los aspectos de este trabajo más encaminados a la intervención práctica y al encuadre organizativo de la parte más resuelta a luchar del proletariado, ganen terreno frente a aquellos que se dirigen a una labor teórica más profunda. Ni en los momentos históricos, raros y casi olvidados hoy pero que han existido y que han marcado décadas del desarrollo social, de grandes posibilidades de acción se dejó nunca olvidado el trabajo de elaboración teórica y política (basta recordar a Lenin sentando de nuevo sobre sus justas bases la posición marxista sobre el Estado y la dictadura proletaria en *El Estado y la Revolución* ¡pocas semanas antes de la toma del poder!) ni en los momentos más difíciles, donde prácticamente toda capacidad de intervención sobre el medio externo les es negada a los marxistas, se deja de preparar el trabajo cotidiano encaminado a intervenir sobre cualquier grieta que presenta la sociedad capitalista. No es marxista quien afirma: «ma los tiempos para la práctica, nos dedicaremos a teorizar» o lo contrario, marxista es quien entiende las posibilidades del desarrollo del partido en función del desarrollo social y quien entiende el trabajo de partido como puente imprescindible entre los momentos de declive y los momentos de auge de la lucha de clase. Por lo tanto quien, en condiciones extremadamente desfavorables como las actuales, entiende los problemas del desarrollo de la lucha del partido como algo históricamente condicionado y no ve en ellos objeción alguna a las posiciones de este.

Auge y declive

A grandes rasgos, se puede resumir el periodo actual como una fase de profundo declive de la lucha de clase. Los episodios de tensión social que se han visto en la última década, especialmente en países como España o Grecia, no han logrado sacudir el letargo de una clase proletaria que desde hace muchas décadas actúa como si hubiese arrojado las armas a los pies de su enemigo y no pensase retomarlas jamás. Este *jamás* es, claro, el sueño de tantos burgueses que piensan que, de alguna manera, la historia ha dado la razón a las tesis defendidas por sus «pensadores» e inventores de doctrinas cuando aseguraban que el capitalismo era capaz de

(sigue en pág. 16)

Nuestro partido ...

(viene de la pág. 15)

ganarse a las grandes masas proletarias atenuando, si es posible, las fuerzas históricas que les empujaban a la lucha y, cuando esto no era así, golpeando duramente a la parte más dispuesta a esta lucha para dar ejemplo a los demás sobre sus carnes. Pero lo cierto es que, ya no sólo sobre el terreno de la lucha política explícita, aquella que enfrenta a proletariado y burguesía abiertamente y con el objetivo de derrocar o defender el Estado burgués, sino también sobre el más elemental de la lucha cotidiana en defensa de las condiciones de existencia de la clase proletaria, esta está completamente ausente. En efecto, el curso de las últimas décadas ha borrado prácticamente del mapa la existencia de una clase mínimamente organizada sobre el terreno económico-sindical. Hoy no hay exigencia o agravio por parte de la burguesía hacia los proletarios que no tenga éxito. Puede haber pequeñas cesiones en los planteamientos iniciales, pueden pulirse matices y abrirse negociaciones para discutir puntos instantáneos, pero lo cierto es que la vida de los proletarios no ha hecho otra cosa que empeorar durante décadas. La burguesía aprendió su lección (a la fuerza ahorcan, claro) de los grandes enfrentamientos de clase del siglo XIX y, sobre todo, de comienzos de este. Las organizaciones sindicales, reflejo espontáneo del malestar que la clase proletaria sufre diariamente en la sociedad burguesa, han sido, históricamente, la escuela de la lucha de clase para el proletariado: no sólo han servido para combatir sobre el terreno de las exigencias salariales, relativas al puesto de trabajo, a los horarios, etc. sino que, sobre todo, han contribuido a dar a este proletariado una fortísima experiencia de lucha que mostraba que la propia lucha sindical no podía lograr otra cosa que atenuar los males del mundo burgués y que, por lo tanto, no era suficiente. El trasunto del sindicalismo siempre fue la lucha obrera y su consecuencia, las lecciones que la clase proletaria extraía a través de esta lucha acerca de la naturaleza misma del capitalismo. Esa fue la fuerza y la vitalidad que la burguesía se fijó como objetivo a abatir, no bastándole para ello que los grandes *sindicatos rojos* estuviesen dirigidos, en su cúspide, por elementos oportunistas dispuestos a combatir a su favor. Le fue necesario desarrollar una inmensa maquinaria destinada a integrar a las organizaciones sindicales proletarias en el seno del Estado burgués como única manera de neutralizarlas completamente. El oportunismo de la segunda postguerra mundial, herencia directa del método fascista de gobierno al que las burguesías de los países más severa-

mente atacadas por la oleada revolucionaria que se inició con el octubre rojo de 1917 debieron recurrir, no consistió ya en controlar los puestos directivos de las organizaciones sindicales con el fin de desviar sus fuerzas, sino en conformar el engranaje a través del cual estas organizaciones proletarias se insertaban en el Estado burgués y hacían de la defensa de este, de la economía nacional y de la democracia como principio de conciliación entre las clases, su primer y único objetivo. El auge económico propiciado por la reconstrucción económica de Europa tras la IIª Guerra Mundial, pudo financiar esta fórmula vinculando a una parte no indiferente de los proletarios de América y Europa a las garantías sociales que les proporcionaba la burguesía a través de los grandes contratos nacionales, los convenios colectivos, el engranaje del sistema del «bienestar», etc. Esta inversión que realizó la burguesía, inversión en paz social, se volvió rentable cuando, llegado el momento ineludible de la crisis capitalista, décadas de conciliación entre clases incluso en los aspectos más nimios de la vida social del proletariado, ejercieron como un fortísimo condicionante material para impedir que los aspectos más duros de la crisis lanzasen a la lucha a una buena parte de los proletarios. Las grandes centrales sindicales, que durante tres décadas habían trabajado sistemáticamente por generar la ilusión de que las condiciones de vida de la clase proletaria estaban ligadas al respeto por parte de esta de la burguesía y su Estado, a la participación democrática, etc., pudieron jugar su papel de apagafuegos combinando altas dosis de esta ilusión con la gestión de pequeñas cantidades de los restos del «bienestar» del que se presentaban como garantes. Fieles servidoras de sus amos, llegaron al punto de negar en los hechos y en las palabras su función elemental de defensa clasista sobre el plano económico de los proletarios, fomentando la desilusión y la desesperación de los proletarios, que confiaban en ellas para garantizar aunque fuese el más mínimo esfuerzo por contener la ofensiva de la clase enemiga y que, presos de esa desesperanza, abandonaron cualquier voluntad de lucha, pero también abandonaron a sindicatos y partidos oportunistas entregándose definitivamente a la más dura lucha por la vida y el sálvese quien pueda.

Décadas de colaboración entre clases incluso sobre este terreno mínimo de lucha económica, primero fomentando la ilusión de que sólo el Estado burgués podría garantizar la supervivencia y, después, fomentando la desesperación más absoluta que arrojaba a los proletarios precisamente a los brazos de este Estado, han vuelto el terreno de la lucha de clase un páramo desolado. Hasta el punto que las recientes sacudidas eco-

nómicas, que han mostrado la cara más terrible de la supervivencia proletaria en la sociedad capitalista, han encontrado a los proletarios incapaces de articular la más mínima respuesta.

Esta es la situación, resumida como decíamos en términos muy generales, con la que nos encontramos los marxistas revolucionarios en este momento. Hemos hecho hincapié no tanto en la ausencia de la lucha política proletaria como en la ausencia de la lucha sobre el terreno económico, para resaltar que la característica de esta época es la prácticamente total falta de un asociacionismo económico proletario sobre el cual el partido de clase pueda desarrollar su trabajo de lucha política, propaganda, agitación y encuadre organizativo. Hemos recurrido a términos como «desesperación» o «desilusión» para describir una situación que es hoy palpable en cualquier puesto de trabajo, donde gobierna la competencia entre proletarios más despiadada, o en cualquier barrio proletario, asolado por los hábitos más mezquinos y destructivos, que es a la que se enfrenta nuestro partido a la hora de desarrollar su trabajo y que es la base de la desconfianza hacia el mismo por parte de buena parte de los proletarios. Pero también lo hemos hecho para contraponer esa realidad a la que el marxismo muestra: el capitalismo no sólo ha sido incapaz de liquidar a la clase proletaria, sino que ha incrementado exponencialmente su número; no ha acabado con la tensión social que necesariamente la impulsa a la lucha, sólo ha logrado desviarla a costa de esfuerzos sobrehumanos y a redoblar esta misma tensión, postergando sus efectos para las generaciones venideras. Por no hablar de que, por supuesto, ha sido impotente a la hora de superar su tendencia irrefrenable a la guerra, única vía para salir de las crisis periódicas que le golpean cada vez con más intensidad. No sólo es que las previsiones lanzadas por el marxismo desde hace más de 150 años se hayan cumplido, es que tanto en estas como en los balances históricos de las revoluciones y las contrarrevoluciones que sólo han podido ser realizados gracias al método marxista, también se incluía explícitamente el necesario paso por épocas de durísima reacción social que se explican por la propia naturaleza de la contrarrevolución y que sólo pueden ser el preludeo a nuevos auges de la lucha de la clase proletaria.

Si la situación social se caracteriza por la desesperación de la clase proletaria, privada no sólo de su partido de clase, sino también de cualquier resquicio, por mínimo que este sea, para la lucha inmediata, el partido comunista, aquel que, por reducidas que sean sus fuerzas, lucha por colocarse sobre la vía del partido compacto y potente de mañana, *no desespera*. No se puede concebir ma-

El Comunista y las posiciones falsamente marxistas acerca del «problema catalán»

Quienes siguen nuestra prensa internacional y conocen mínimamente la historia de nuestro partido saben que de hecho existen diferentes corrientes políticas que se reclaman tanto del nombre *Partido Comunista Internacional* como de la tradición de la Izquierda Comunista de Italia y sus fundamentos teóricos y políticos. Saben, además, que la existencia de estas diversas corrientes tiene su origen en las diversas rupturas que se han producido en nuestra organización hasta llegar a la crisis explosiva de 1982. Pero saben, sobre todo, que nosotros no reclamamos el nombre de *Partido Comunista Internacional*, ni mantenemos nuestra reivindicación intransigente de la experiencia histórica del combate que ha librado la Izquierda desde 1912 contra todo tipo de oportunismo y desviación del marxismo, mediante procedimientos legales o administrativos: para nosotros la defensa de la verdadera tradición del marxismo revolucionario es una lucha política y sólo en esa lucha los proletarios pueden comprobar las diferencias que realmente existen entre las diferentes escue-

las, corrientes y organizaciones que reivindican ser tanto herederos de la Izquierda como continuadores de esta a través del Partido.

Desde que en 1952 nuestro partido se constituyó desechando a los elementos que en un primer momento se habían colocado bajo la bandera de la reivindicación exclusivamente formal de los principios y postulados de la Izquierda Comunista de Italia pero que, realmente, no buscaban la reconstitución del hilo histórico de su lucha sino una mezcla abigarrada de revisiones, reinversiones y aportes de nuevo cuño, supuestamente más adaptados a los nuevos tiempos de absoluto dominio de la contrarrevolución sobre todos los terrenos, el trabajo de afirmación de aquello que *distingue a nuestro partido* frente a las corrientes que pretenden colocar sus nuevos productos con el embalaje del marxismo revolucionario, ha sido algo constante. Así se hizo, de nuevo, tras la crisis explosiva de los años 1982-1984 y, tan pronto como los elementos sanos que no cedieron ni a la corriente liquidadora del

partido ni a las presiones por solventar lo que era una crisis política mediante expedientes legales (reclamación por vía judicial de la cabecera de la prensa en italiano), se comenzó un trabajo encaminado tanto a desarrollar en la medida de lo posible el trabajo del partido sobre todos los terrenos en los que este debe realizarse, como a realizar el balance dinámico de la propia crisis que había menguado sus fuerzas numéricas e introducido, de cara a los proletarios, la terrible confusión que trae consigo el baile de siglas y nombres idénticos, pero tras los cuales se esconden unas posiciones políticas completamente divergentes.

Es por ello que nuestro partido no reivindica los adjetivos *comunista* e *internacional* de forma patrimonial. No nos pertenecen, como no nos pertenece la historia de la Izquierda Comunista de Italia a la que ligamos nuestro trabajo cotidiano, por una disposición legal o porque ostentemos, sin más, los nombres históricos de la prensa. El partido, por reducidas que sean sus fuerzas nu-

(sigue en pág. 18)

(viene de la pág. 16)

yor error que el de, llegados al punto en el cual únicamente la doctrina marxista ha mostrado ser capaz tanto de explicar como de prever la realidad de la sociedad dividida en clases, lanzar este por la borda y ceder ante las exigencias de la clase enemiga. Pero es un error común, no individual sino, de nuevo, determinado históricamente, que aflora entre toda una serie de grupos más o menos pequeños que hacen de esta liquidación de la potencia histórica del marxismo su baluarte. Hoy aparecen por todas partes corrientes, grupúsculos e incluso individuos aislados que pretenden ser capaces de realizar una revisión tanto de la doctrina marxista como de las cuestiones políticas y organizativas vinculadas a esta con el fin de renovarla, adecuarla al momento o hacerla más manejable, suponiendo que con ello la hacen más accesible y aceleran un paso o dos el ritmo de la historia. Los lectores pueden comprobar la facilidad con la que, vía Internet, puede encontrarse a buena cantidad de estas corrientes que plantean la posibilidad de un compendio de mínimos entre grupos en base a plataformas de acción, acuerdos virtuales, etc. Y pueden comprobar, también, como buena parte de estos grupos recurren continuamente a la Izquierda comunista de Italia, a su patrimonio teórico y político, para intentar crear esa amalgama. Traducen algunos textos, citan algunos otros, nombran a algún miembro conocido... y dan con la clave para «actualizar» a la Izquierda y al propio marxismo según las necesidades actuales. De ma-

nera objetiva, estas corrientes y estos grupúsculos, juegan el papel de generar confusión, de hacer perder la orientación a quienes pretenden conocer las posiciones que históricamente ha defendido la Izquierda y que se encuentran con ellos y su hiper activismo cibernético. Como consecuencia de una situación históricamente desfavorable, donde la lucha de clase del proletariado está prácticamente ausente del escenario, se pretenden buscar atajos, queriendo que las nuevas tecnologías, unidas a una increíble superficialidad a la hora de abordar y exponer cualquier problema, puedan agilizar el movimiento entre los proletarios y salvar unas dificultades que se pretenden técnicas y no materiales y políticas. Es la enésima vuelta de tuerca del asalto revisionista a la doctrina marxista, escudado como tantas otras veces en «facilitar», «hacer comprensible»... una doctrina que nunca podrá nunca ser fácil y comprensible al conjunto de la clase proletaria antes de que la revolución haya vencido y la dictadura de clase haya llevado a cabo correctamente la transformación de la sociedad, no sólo política sino también económicamente, gracias a la cual el proletariado habrá aprendido materialmente —después de haber usado su fuerza social objetiva e «inconsciente»— a nivel internacional, a aplicar los postulados de la doctrina marxista. Es por esta razón que sostenemos desde siempre, junto a Lenin, Marx y Engels, que la «conciencia de clase» —es decir, en una palabra, el marxismo— es poseída sólo por el «partido de clase», es decir por el órgano de

la revolución anticapitalista que, hoy, representa los intereses históricos —es decir, los intereses revolucionarios que se condensan en la sociedad sin clases, en el *comunismo*— de la clase proletaria, única fuerza social mundial en condiciones de luchar por la desaparición de todas las clases, incluso de sí misma como «clase social». En verdad, estas corrientes son una expresión clara de la desesperación que cunde no sólo entre los proletarios sino, también, entre los pretendidos revolucionarios que a fuerza de buscar soluciones de tipo activista acaban completamente perdidos y ceden ante cualquier moda o novedad.

Frente a todas estas corrientes, características de un determinado periodo histórico, nuestro partido, que pese a todas las adversidades conserva incluso el nombre como forma de defender la invariabilidad histórica del programa comunista revolucionario, no cederá, nunca será «virtual». No caerá en la desesperación ni en el pesimismo, vicios ambos muy característicos de la pequeña burguesía, ni en las consecuencia teóricas, políticas y prácticas que estas imponen. El partido, que mañana volverá a ser el órgano de combate de la clase proletaria, se forja sobre todo en las contrarrevoluciones, en los periodos de decadencia de la lucha de clase, y lo hace a condición de mantener firmes sus posiciones, de continuar trabajando sobre una ruta que no ha diseñado él, sino que le viene dada por siglos de experiencia de la lucha proletaria revolucionaria.

El Comunista ...

(viene de la pág. 17)

méricas y por adversa que sea la situación, no elude nunca la obligación de desarrollar un trabajo político sobre el conjunto de fenómenos propios de la sociedad burguesa que afectan directamente al proletariado en cuanto clase llamada históricamente a liquidar definitivamente la sociedad dividida en clases y su última expresión, el capitalismo. De esta manera, a la vez que nunca se ha dejado de realizar la tarea de defender contra viento y marea las tesis del marxismo no adulterado en todos los terrenos de la vida social en los que este tiene algo que decir como *ciencia que estudia las condiciones de superación del capitalismo*, trabajando sobre el terreno teórico en el sentido de restituir este marxismo sobre sus bases correctas, tampoco se ha dejado de prestar la atención más minuciosa al conjunto de hechos que caracterizan tanto al mundo capitalista y a las tímidas tendencias del proletariado hacia la ruptura con todas las ataduras que le unen a este, animándolas y potenciándolas en la medida de las fuerzas disponibles.

Es en este sentido que la diferenciación clara y nítida respecto al resto de corrientes de pretendida «izquierda» y al resto de grupos que se reclaman «partido comunista internacional» es vital, porque muestra a los, hoy escasos, elementos de vanguardia del proletariado que buscan en el comunismo revolucionario respuestas políticas a las contradicciones de la sociedad capitalista, que la confusión entre nombres, las supuestas igualdades y los problemas que aparentemente pueden parecer sólo de detalle, responden realmente a diferencias de gran alcance que tienen no sólo una base teórica y doctrinal sino una implicación práctica bien concreta. Y esta implicación práctica muestra tanto las diferencias que hoy son más apreciables como las que todavía parecen mínimas y sin importancia pero que supondrán divergencias inapelables el día de mañana cuando, en una situación mucho más favorable, lo que hoy parecen detalles se vuelvan cuestiones abiertamente cruciales.

El trabajo de crítica sistemática de las posiciones que se desvían del marxismo y, por lo tanto, de aquellas que son defendidas por quienes reivindicamos nuestro mismo nombre de partido, no es un *esnobismo teórico*, sino una labor que asumimos para mostrar lo que realmente distingue a nuestro partido y con él al marxismo revolucionario frente al conjunto de problemas propios de la sociedad burguesa y a las falsas perspectivas revolucionarias que se plantean ante estos. De esta crítica, por eso, se busca extraer un vínculo entre las cuestiones centrales que afectan a la vida de los proletarios y las posiciones teóricas y políticas bajo las cuales estos deberán colocarse para defender sus intereses de clase, mediante la evidencia de todas aquellas falsas alternativas que se les ofrecen.

El grupo que, en España, edita *El Comunista*, es una de esas corrientes que pretenden reivindicarse tanto de la Izquierda Comunista de Italia como del propio nom-

bre *Partido Comunista Internacional*. Como tal grupo está compuesto por alguno de los elementos que, hasta 1980, conformaban la sección en España de nuestro partido. Las posiciones que desarrollaron dichos elementos, escoradas hacia postulados sindicalistas y anti-partido, les llevaron a colocarse fuera de nuestra organización, manteniendo tras ello y hasta la fecha la cabecera *El Comunista* que había sido el nombre de nuestro periódico en lengua castellana y que, bajo su control, dejó de defender las posiciones del Partido para hacerse cargo de una deriva cada vez mayor hacia una especie de activismo sindicalista que, a la vez que defendía formalmente los textos clásicos de nuestra corriente, priorizaba la creación *ex novo* de pequeños sindicatos y diluía la propia naturaleza política del partido en un mejunje culturalista, ecléctico y desnortado.

Esta doble deriva, la del activismo sindicalista y la del culturalismo pseudo marxista, es visible al mínimo contacto que se tenga con el periódico *El Comunista*. De manera formal, sus editores pretenden mantener la continuidad con el trabajo histórico del Partido editando y reeditando sus traducciones de nuestros textos clásicos y elaborando artículos que recuerdan, de manera lejana y de nuevo solamente formal, a algunos de los trabajos que ha desarrollado nuestra corriente. En realidad, esta pretendida continuidad se viene abajo tan pronto como se ven obligados a dar aunque sea una sola toma de posición sobre un problema político que se escape del empirismo chato de su activismo sindical.

Es el caso de su reciente toma de posición sobre los acontecimientos en Cataluña «*Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen*» editada en septiembre de 2017. En ella, haciendo tan sólo una lectura párrafo a párrafo, puede verse que su pretendida «ortodoxia», supuestamente refrendada por una buena serie de citas de Marx y Lenin, se cae a pedazos una vez que intentan pasar al trabajo de valoración política de la realidad.

Desde los primeros párrafos de esta toma de posición vemos la tónica de toda ella: un cierto aire de «marxismo», una utilización de términos, conceptos e ideas que pueden parecer, pero que no son, propios de esta doctrina y con los cuales únicamente consiguen embarullar la cabeza de quienes buscan orientación y clarificación de las posiciones del comunismo revolucionario, y acaban dando con este tipo de amalgamas. Para empezar, según *El Comunista*, el «problema catalán» se resume como un enfrentamiento entre un Estado español caracterizado como «*profundamente fascista como lo son todos los estados a nivel mundial. Todos han incorporado bajo la vestimenta democrática todos los mecanismos fascistas de intervencionismo económico, de control ideológico, de represión y de integración social*» y unas «*organizaciones y entidades que apoyan el «proceso catalán»*» caracterizadas como «*un bloque profundamente chovinista*» por su «*1) defensa de la policía catalana (mossos d'esquadra), 2) en la defensa de las instituciones catalanas, 3) en la*

defensa del catalán sobre las otras lenguas que habla la clase obrera (que son bastantes más de dos), 4) en la defensa del pacifismo y la denuncia de todo aquel que proponga el uso de la violencia, 5) en el enaltecimiento de la superstición democrática.»

Como decimos, un totum revolutum sin ningún criterio. Para empezar porque el Estado español no es, así sin más, «*profundamente fascista*». La tesis que nuestra corriente ha defendido desde el final de la II Guerra Mundial es que, vencidas en el terreno militar las potencias nazi-fascistas (Alemania, Italia y Japón), el fascismo resultó vencedor sobre el terreno político, en la medida en que las tendencias centralizadoras en el campo económico y político eran y son la única vía para gobernar el capitalismo en su fase imperialista, aquella donde capital industrial y bancario se han fusionado dando lugar a la dictadura del capital financiero y donde la forma de Estado liberal asociado al capitalismo en vías de desarrollo del siglo XIX y comienzos del XX es ya ineficiente para cumplir con su función de *consejo de administración de la burguesía*. Esta es, fundamentalmente, una tesis antidemocrática para el combate político contra las corrientes oportunistas que, tras la II Guerra Mundial, proponían a los proletarios la defensa del Estado de tipo democrático como resultado de la victoria militar, operada con el concurso precisamente de esos proletarios alistados en los bloques partisanos y de defensa de la independencia nacional, sobre Hitler y Mussolini. Coherentemente con nuestro rechazo tanto de la política antifascista de socialdemócratas y estalinistas como de los bloques nacionales, la explicación de las democracias post bélicas como algo sustancialmente diferente a las democracias liberales previas (contra las cuales nuestra consigna también había sido la lucha intransigente) explicaba el enfrentamiento bélico y su resultado como una lucha entre potencias imperialistas en la que no estaba en juego la naturaleza de la opresión del proletariado por parte del Estado burgués. Pero esta explicación *jamás* olvidó que era bajo el manto de la democracia donde se había colocado al proletariado, que la victoria de la burguesía y sus aliados socialdemócratas y estalinistas era presentar el Estado de clase resultante de la guerra como uno donde la explotación del proletariado por parte de la burguesía podía solventarse mediante vías democráticas de participación política, electorales, judiciales, parlamentarias, etc. Es por eso que ni Italia, ni Francia, ni Alemania... ni España tras 1975, han sido estados «*profundamente fascistas*», porque, por mucho que se mente el intervencionismo económico o el control ideológico, esta idea no significa absolutamente nada si no se acompaña de una explicación de la naturaleza democrática de la opresión que la burguesía ejerce sobre el proletariado. Es simplemente humo más apropiado para ganarse adhesiones precisamente de los sectores «antifascistas» que para dar una aportación clara y rigurosa.

Por otro lado y como continuación de las posiciones de *El Comunista*, la afirmación de que las entidades soberanistas (ANC,

Omnium Cultural, CUP...) son chovinistas porque defienden a la policía, a las instituciones, la lengua catalana... constituye de nuevo un ejemplo de juego con términos aparentemente marxistas para expresar, en realidad, una idea más propia del democratismo vulgar. Sin duda absolutamente todas las organizaciones que defienden el «procés» son chovinistas. Pero lo son, simplemente, porque colocan la defensa de la «patria catalana» por encima de cualquier otra cosa. Pero, se debe añadir, sobre esto no hay duda alguna: ni las CUP, ni ANC, ni Omnium... lo han negado nunca. Como no lo han hecho, por el otro lado, ni Ciudadanos, ni el Partido Popular, ni el PSOE, ni Podemos. Decir, por lo tanto, que son «chovinistas» es tanto como decir que la lluvia moja, una obviedad que no define en absoluto la peculiar naturaleza de este bando. Añadir que son «chovinistas» porque defienden a la policía, a las instituciones... es pura palabrería porque ninguno de estos atributos (ni todos en su conjunto) definen el chovinismo. Mucho menos decir que son «chovinistas» porque «defienden el pacifismo», como si el chovinismo no llamase a la guerra cuando le conviene, como si no hubiese un chovinismo armado...

¿Por qué, entonces, se introduce el término chovinista como adjetivo diferenciador de estas corrientes? Simplemente por una profunda e inapelable incapacidad por expresar de manera correcta y con los términos políticos que realmente la definen, la situación aparecida con el «problema catalán». Fascismo contra chovinismo, resumen de su tesis, es una oposición completamente ridícula, ajena a cualquier claridad teórica, política e histórica. ¿Por qué no fascismo contra fascismo? ¿O acaso el «chovinismo» catalanista es ajeno a la profundidad fascista de la que habla *El Comunista*?

En realidad, este confusionismo terminológico responde a esa absoluta desviación respecto de las posiciones del marxismo revolucionario que es característica de *El Comunista*. Y lo que en los párrafos introductorios de su toma de posición puede pasar como falta de precisión, se revela como una absoluta incompreensión de la realidad a medida que se continúa leyendo.

En primer lugar porque insertar, como hace *El Comunista*, una cita de Lenin detrás de otra, cubriendo con ellas el espacio que debería ocuparse en *defender la verdadera continuidad del Partido con las posiciones de Marx, Engels y Lenin* a través de la defensa concreta de su vigencia para todos los aspectos de la lucha de clase del proletariado, es todo lo contrario a asumir las tareas obligatorias para los comunistas precisamente hoy, cuando esta lucha está completamente ausente de la escena social y lo más necesario es reivindicar que el lugar que esta ausencia ha dejado aparentemente vacío jamás será cubierto por soluciones nacionalistas y oportunistas de cualquier tipo. No tenemos nada que objetar a la reivindicación, incluso simplemente formal, de las tesis de Lenin y la Internacional Comunista sobre la cuestión nacional, tesis que hemos reivindicado desde el primer momento y que hemos defendido siempre contra todo *indiferentismo* sobre

el problema nacional y colonial. Pero, por un lado, esta lucha por situar todo conflicto que puede aparecer planteado en términos nacionales bajo la lupa de la crítica marxista (crítica teórica que es, ante todo, una preparación de la crítica práctica que un día deberá sostener la lucha proletaria) implica hacerse cargo de los términos exactos del conflicto en cuestión, en este caso del llamado «problema catalán». Es decir, implica exponer sistemáticamente los términos del conflicto en sus dimensiones histórica y política de manera precisa y partiendo de las posiciones invariantes del marxismo acerca de la naturaleza de la cuestión nacional a lo largo del curso del movimiento de clase del proletariado. Por lo tanto, no es suficiente con repetir como una letanía citas y citas de Marx o de Lenin esperando que, con ello, se pueda soslayar la obligación de ratificar estas citas y sus necesarias consecuencias políticas con la propia realidad del conflicto estudiado. Para *El Comunista*, sin embargo, basta con superponer una tras otra citas de *El socialismo y la guerra* de Lenin, evitando decir ni una palabra acerca del surgimiento y desarrollo de las corrientes nacionalistas catalanistas a la luz de las posiciones que Lenin defendió en 1916 y cuya validez queda así ignorada.

Por otro lado, directamente ligado al problema anterior, aparece la necesidad de que los textos y tomas de posición de una corriente que pretende ser marxista den una respuesta no sólo sobre el terreno de la crítica general sino sobre aquellos terrenos que cubren las exigencias políticas, tácticas y organizativas a las que el Partido debe responder en cada paso que da en el desarrollo de su trabajo cotidiano. Porque sólo de esta respuesta depende su capacidad, en una mañana más intenso en movilización proletaria, pero también en el hoy donde tan sólo una ínfima minoría de proletarios luchan por salir del marasmo oportunista que pliega a su clase ante las exigencias de la burguesía, de orientar, encuadrar y dirigir las fuerzas de la clase proletaria tanto contra su enemigo burgués declarado como contra los aliados que este mantiene en el seno de la propia clase. Si un partido, cualquiera que sea, pretende tomar la Jericó burguesa y oportunista simplemente dando vueltas a su alrededor mientras canta las citas de los clásicos, no serán las murallas de la fortaleza capitalista las que se vengán abajo sino la misma existencia de este partido... y los cascos golpearán tan fuerte la cabeza de los proletarios que le hayan seguido que volverán a perder el sentido durante años. Puede pensarse que una toma de posición como la de *El Comunista*, no es el lugar para realizar una exposición que debe exceder, necesariamente, los límites de esta. Pero quien piense así que busque en la prensa de este grupo el lugar donde el «problema catalán» es tratado con la extensión y la profundidad debidas.

La burguesía catalana y su bandera nacional según *El Comunista*

Después de su explicación, pobre y errada en lo esencial, de porqué las organizacio-

nes catalanistas son «chovinistas», *El Comunista* quiere ir un paso más allá y colocar el «problema catalán» en términos de una movilización promovida por la burguesía catalana. Aparentemente esta manera de abordar el problema, precisamente aquella por donde debe empezarse siempre, es algo más marxista, pero sólo aparentemente.

Para *El Comunista*, la burguesía catalana no son «las 300 familias» tan caras a los demagogos de la vía nacional-catalana al socialismo, sino «*todo un entramado social de pequeñas y medianas empresas, de pequeños y medianos propietarios inmobiliarios, de pequeños y medianos rentistas, accionistas y especuladores, que conforman –junto con los empresarios más grandes– la clase burguesa*». Sigue después una «radiografía de las empresas catalanas» a la que suma la consideración de que «*cada alcalde es un empresario y cada Ayuntamiento una empresa*». Esta sería la clase burguesa que, según *El Comunista*, abandera las exigencias nacionalistas. Pero, de hecho, la «burguesía catalana», si por este término entendemos a aquella burguesía de origen catalán y que extrae sus beneficios de un capital invertido desde Cataluña, sede de su titularidad jurídica, en Cataluña, España y el resto del mundo, es otra cosa. Burguesía catalana es aquella propietaria de *Caixa Catalana* y todo su entramado empresarial, de *Catalana Occidente*, de *Gas Natural*, etc. Poco menos que decir que la burguesía catalana, con ligeras particularidades que la distinguen, es parte del núcleo central de la burguesía española. Resulta absurdo comparar a Isidro Fainé con el propietario de cualquier negocio en Girona. No es una diferencia de tamaño, es una diferencia cualitativa la que les separa y la que les hace tomar posiciones completamente diferentes al respecto del «problema catalán». Porque, en el mundo capitalista, no sólo existen dos clases, proletariado y burguesía, sino que el terreno intermedio a ambas está poblado por multitud de clases y semiclasas vinculadas de una manera u otra a las dos principales, pero que juegan un rol específico en la lucha social que atraviesa este mundo. Estas clases y semiclasas, entre las cuales la más importante es esa amalgama, sin peso político propio pero muy numerosa en un país de pequeños propietarios como es España, a la que llamamos pequeña burguesía, son precisamente las transmisoras de los postulados más reaccionarios y anti históricos, de todos los planteamientos utópicos y de todas las fantasías de superación sin lucha revolucionaria de los problemas del mundo capitalista. Precisamente por eso, sin reconocer la entidad que tienen estos estratos sociales intermedios, es imposible entender el regreso, casi 150 años después del cierre del periodo revolucionario de la burguesía y de sus exigencias nacionales, de los postulados nacionalistas más retrógrados.

Este no es el lugar para entrar en un balance detallado de la posición que la clase burguesa catalana ha jugado en el desarrollo, auge, caída y posterior vuelta a la escena

(sigue en pág. 20)

El Comunista ...

(viene de la pág. 19)

política del «nacionalismo» catalán.

Basta con decir que el papel deliberadamente ambiguo de esta burguesía es fruto de su peculiar papel en la formación y constitución del Estado español desde 1975: la burguesía catalana ha alentado y desarrollado la movilización nacionalista a través de la consigna autonomista encabezada por su partido regional (históricamente CiU, ahora PDCAT o asimilables a este); este autonomismo, defendido ante el Estado central como una de las prerrogativas que necesariamente debían concederse con el cambio de régimen tras la muerte de Franco, ha tenido y tiene como objetivo tejer una tupida malla de instituciones estatales desde las que atar a la clase proletaria a la política de colaboración con la burguesía. El gobierno autonómico es la respuesta, insuficiente y con resultados inestables, que las burguesías catalana y española han dado a la dificultad histórica de lograr un Estado centralizado y, con ello, a las tensiones a que esta dificultad daba lugar. El objetivo era, entendiéndose, garantizar centralización y funcionamiento normal del Estado, pero a través de un sistema autonómico que permitiese involucrar tanto a los representantes de la pequeña burguesía como a los agentes oportunistas que, por lo demás, han estado relativamente excluidos del aparato central del Estado durante todas estas décadas.

La burguesía catalana no ha jugado la baza nacionalista como un envite contra el Estado central, la burguesía catalana ni es, ni ha sido, ni será nacionalista o independentista. Mediante la exacerbación autonomista de las particularidades locales de Cataluña, la burguesía catalana ha dado su aporte a la gobernabilidad del Estado a la vez que ha construido su fortaleza a la hora de competir con el resto de burguesías españolas. Pero de la ambigüedad que se deriva de esa posición, jamás va a salir, por mucho que azuce, de vez en cuando, proclamas más o menos estribantes.

Es la pequeña burguesía, que se ha visto incluida en algunas tareas de gobierno a través del régimen autonómico, la que se moviliza en términos independentistas. Pero esta pequeña burguesía, precisamente por hacer el papel de matón de la gran burguesía, no tiene una política propia, actúa por reflejo de una situación que se ha creado, por obra de las contradicciones, entre fuerzas sociales inmensamente más fuertes que ella. Pequeños rentistas, propietarios, especuladores... pequeños burgueses en una palabra, son quienes se movilizan tras la estelada. Y no lo hacen en el mismo sentido que la «burguesía catalana». Pero esto *El Comunista*, para quien la burguesía es una relación estadística, no es capaz de entenderlo y ve en el «problema catalán» un enfrentamiento entre burgueses nacionalistas, independentistas, y burgueses españolistas, como si lo que estuviese en juego fuese, realmente, la independencia de Cataluña. Y en el colmo del absurdo político llegan a comparar el tipo

de movilización real al que esta pequeña burguesía está llamando con la movilización social-chovinista de la I Guerra Mundial, en un ejercicio de total y absoluta incompreensión de la realidad, que intenta disimularse recurriendo a la grandilocuencia de la retórica.

Las causas materiales del «problema catalán» para *El Comunista*

Partiendo de una genérica atribución de responsabilidades a la «crisis de sobreproducción capitalista a nivel mundial», *El Comunista* pasa revista a los efectos de esta crisis sobre las diferentes clases sociales y se centra especialmente en los efectos que tiene sobre la pequeña y mediana burguesía. Después de unas absurdas consideraciones morales acerca de si los proletarios deben sentir lástima o no por los pequeños propietarios, dada la función social de estos y la naturaleza de sus negocios, *El Comunista* muestra su piedra de toque a la hora de explicar las causas directas del «procés»:

«Esta crisis impone una concentración bancaria que ha dejado huérfanos a toda una serie de chupópteros profesionales al eliminar el clientelismo político de las cajas. También ha reducido los presupuestos de los ayuntamientos, reduciendo otra fuente de nepotismo y de clientelismo político. Toda esta capa social de vividores a cuenta de la explotación obrera [...]. Finalmente, el endeudamiento de la Generalitat es de tal magnitud que, si tuviera que aplicar las medidas necesarias para reducirlo, se enfrentaría a una respuesta social que no puede asumir».

Otro ejemplo de qué no es el marxismo, esta vez sobre el terreno de la crítica económica. Porque, de acuerdo con *El Comunista*, son el clientelismo político de las cajas, el nepotismo consistorial y la deuda de la Generalitat los elementos político-sociales cuya desaparición habría espoleado a sus beneficiarios a movilizarse por la independencia. Falta, para empezar, que *El Comunista* explique por qué ha saltado, al pasar de epígrafe, de considerar que es la burguesía catalana la que se moviliza por la independencia a afirmar que son estas castas parasitarias las que lo hacen. Pero lo esencial en esta afirmación es ver cómo *El Comunista* amalgama fenómenos característicos de la crisis capitalista con moralina y con una buena dosis de ignorancia. Ni los «chupópteros», ni los «clientes» políticos, ni la deuda institucional son los motores de ningún tipo de reacción social. Pueden serlo, sí, en el discurso democrático acerca de la corrupción y la eficiencia económica, pero para el marxismo tales afirmaciones carecen de sentido. Comparémoslo con la explicación correcta:

La crisis capitalista produce una caída de la tasa de ganancia y una reducción del beneficio empresarial; este hecho repercute inmediatamente en el capital financiero invertido en proyectos industriales e inmobiliarios; se produce una contracción del crédito que redonda en una caída aún ma-

yor de dichos proyectos empresariales, especialmente en los que tienen como promotor al Estado, a la vez que se da una cascada de fusiones en el sector financiero para mantener un mínimo de ganancia; expulsión del mercado de los negocios con una inversión de capital baja, incapaz de rendir a la tasa mínima necesaria para generar beneficio; caída de la recaudación fiscal y tributaria y amenaza de quiebra sobre el Estado. Consecuencia a corto plazo: dificultades para la supervivencia de amplios estratos de la pequeña burguesía. Consecuencia a largo plazo: concentración financiera (bancaria e industrial) que permite recuperar la tasa de ganancia.

El clientelismo, el robo, la corrupción... son epifenómenos de esta secuencia, ni son su origen, ni tienen un peso determinante en ella, ni, por supuesto, son capaces de alterarla dando lugar a un movimiento político. De nuevo *El Comunista*, cuando tiene que pasar de los juramentos vertidos sobre los textos clásicos, a una aproximación siquiera resumida de la realidad no tiene más remedio que recurrir a conceptos, términos y explicaciones completamente ajenos al marxismo, tomando la anécdota por categoría y sin decir una palabra sobre lo esencial.

El «contexto del imperialismo mundial» y el «problema catalán» según *El Comunista*.

El Comunista sabe que el marxismo es una ciencia que estudia las condiciones de desarrollo del capitalismo a escala mundial. Considerando las naciones como producto histórico y limitado por tanto de una época determinada, el marxismo ha afirmado el carácter internacional del capital desde sus inicios, señalando precisamente en la apropiación privada —nacional, en último término— del producto del trabajo asociado como la barrera que se interpone entre el desarrollo de las fuerzas productivas a que el mismo capitalismo ha dado lugar y la superación dialéctica de la última sociedad dividida en clases de la historia, gracias precisamente a ese desarrollo. Pero todo esto *El Comunista* lo sabe sólo de oídas y como para justificar el análisis miope, reducido a una valoración de la coyuntura pegada al suelo, que ha realizado acerca de clases sociales y nacionalismo, intercala un breve párrafo acerca del contexto internacional:

«Como es obvio, ambos bandos [separatista y constitucionalista] reciben el apoyo de los grupos de países imperialistas interesados en uno u otro resultado. [...] La crisis de sobreproducción relativa de capitales produce un agravamiento profundo de las contradicciones entre países imperialistas que llevan de la guerra comercial en el choque militar [sic] Los EEUU llevan tiempo intentando desencadenar la 3ª guerra mundial y Rusia y China cada vez toman posiciones más agresivas militarmente. La Unión Europea no es menos imperialista y también está inmersa en la carrera policial y militar».

Se trata, como se ve, de afirmaciones lanzadas al azar, donde se mezcla una su-

puesta 3ª Guerra Mundial en ciernes que los EE.UU. querrían declarar (¿contra quién? ¿por qué vías? ¿cómo afecta esto a Cataluña? ¿por qué no explicarlo?) con el auge del desarrollo militar chino y ruso... Afirmar, de esta manera, este tipo de argumentos es poco menos que parodiar el trabajo que los marxistas realizamos, estudiando el curso de los enfrentamientos interimperialistas, sean estos explícitos o estén en vías de formación. Si en su exposición acerca de las causas y de los actores nacionales del «problema catalán» *El Comunista* yerra una y otra vez, al llegar al terreno internacional poco menos que escupe lo primero que se le pasa por la cabeza, intentando dar una especie de perspectiva milenarista para la que sería innecesaria toda justificación, y que le permite agitar los espectros del grado máximo de desarrollo de las hostilidades internacionales como si estuviesen presentes, aquí y ahora, condicionando directamente el desarrollo del «procés». Este tipo de afirmaciones no es que no sean correctas, es que ni siquiera son incorrectas porque prácticamente no son afirmaciones políticas sino *boutades* pseudo teóricas con las que dar relumbrón a un texto.

Perspectivas y posición de *El Comunista* al respecto del «problema catalán»

Hasta aquí *El Comunista* ha intentado dar una explicación de la génesis económica y social del problema, de los actores en liza y del escenario internacional. Como decimos, de alguna manera ha intentado dar a su toma de posición una pátina de marxismo utilizando términos, conceptos e ideas propias de nuestra corriente... pero siendo incapaz de explicar ni qué significan ni qué implicaciones tienen. Ahora *El Comunista* trata de dar una perspectiva del desarrollo que tendrá el «problema catalán» y de la posición que adoptará en él.

A la pregunta «¿Podría esta situación desarrollarse en un sentido favorable a la clase obrera» que *El Comunista* se hace a sí mismo responden con una asombrosa ambigüedad. Escriben: «En primer lugar, hay que afirmar que a la situación actual y a todas las falsas promesas actuales les seguirá ineluctablemente una serie de desilusiones, engaños y frustraciones para todos aquellos que se han tragado que la democracia es algo más que un engaño organizativo a través del cual domina la burguesía».

Se entiende que se refiere a los proletarios que «se han tragado» esto. Pero lo cierto es que los proletarios se han mostrado completamente pasivos ante la movilización provocada en defensa del «procés». No se han visto manifestaciones en el cinturón rojo de Barcelona, no ha habido huelgas —a excepción del paro patronal— en que la clase proletaria haya participado siguiendo la bandera independentista... El proletariado, desde hace décadas, está completamente ausente del terreno de la lucha de clase, al punto de que su «neutralidad» en este tipo de conflictos se da prácticamente por sentada por parte de quienes realmente

los protagonizan y no buscan otra cosa: no hay un sector proletario movilizado bajo la estelada al que haya que «recuperar» para la causa clasista, la burguesía no ha logrado romper el frente de clase mediante la obra de sus agentes entre el proletariado movilizándolo a la clase obrera para sus fines. Afirmar esto, que es lo que da a entender *El Comunista*, es extrapolar mecánica y anti dialécticamente una situación propia de otra época, con una gran efervescencia clasista, a la actual. Actuando así, se eliminan las posibilidades de dar una visión clara de la realidad a los pocos elementos proletarios que pueden sentirse inclinados a asumir una posición clasista que defender frente a la presión nacionalista, llevándoles en realidad a un terreno imaginario tan distanciado de la realidad que, esta vez sí, acabaría por desilusionarlos de una vez por todas.

Pero lo cierto es que *El Comunista* no valora esta posibilidad, porque el objeto de su «desilusión» es otro. Dos párrafos más abajo, escriben:

«Pero, hay que notar que la primera desilusión se la llevará la masa pequeñoburguesa que ha creído místicamente en su propia ilusión y de esta masa pequeñoburguesa no puede salir ningún movimiento de clase ni revolucionario.

En cualquier caso, para que los revolucionarios puedan aprovechar en el futuro las desilusiones que deben suceder inmediatamente y todas las que han de venir, la condición indispensable es que se hayan mantenido fuera y en contra de todo tipo de chovinismo y que hayan denunciado el contenido burgués de ambos bandos, que se hayan opuesto a la fagocitación de los grupos combativos de trabajadores por parte de la burguesía nacional, española o catalana».

Si la desilusión en primer lugar la sufrirá la pequeña burguesía y los revolucionarios deben poder aprovechar «las desilusiones que deben suceder inmediatamente...» los revolucionarios, según *El Comunista*, deben aprovechar la desilusión de la pequeña burguesía, por lo tanto deben buscar movilizar a esta que, entendemos, en ausencia del proletariado podrá hacer un buen pan con unas tortas aunque de ella «no puede salir ningún movimiento de clase ni revolucionario». Como se ve, es un sinsentido después de otro. Pero el origen de estos sinsentidos es el afán que *El Comunista* tiene de dar una visión práctica, amable y asumible por cualquiera, acerca de los márgenes de maniobra que, según ellos, poseen los marxistas en una situación como la descrita. A estos absurdos les lleva el querer dar, en un sentido netamente *activista*, una respuesta concreta que implique una perspectiva inmediata. En lugar de constatar que el movimiento «nacionalista» en Cataluña muestra lo lejos que se encuentra la clase proletaria de reanudar cualquier tipo de lucha clasista a gran escala, buscan un remedo «práctico» y «concreto» hablando de sectores recuperables tras su desilusión. Sectores que, o bien como ellos mismos reconocen son enteramente pequeño burgueses y por lo tanto imposi-

bles de influenciar en su conjunto por una política comunista, o bien sencillamente no existen sino en la ilusión de quien querría verse en épocas mejores y empieza ya a actuar como si tal sucediese... a despecho de la realidad y de toda posibilidad de remontarla.

Vemos esto más claramente en el final de su toma de posición, donde dan «la posición del marxismo y del internacionalismo proletario en Cataluña y en el resto de España» una amalgama de reivindicaciones que van desde el respeto a las lenguas hasta la abolición del trabajo asalariado. De nuevo, en lugar de explicar una y otra vez las condiciones que permitirán al proletariado salir de su crisis política y organizativa, es decir, la necesidad de la ruptura con la política de colaboración entre clases, de la lucha por superar las barreras locales, nacionales, de sexo, raza, religión que impone la clase burguesa y, sobre todo, de romper con la práctica democrática con la cual esta burguesía hace partícipe al propio proletariado de su explotación, sometiéndole al mito del Estado que se sitúa por encima de las clases sociales, *El Comunista* piensa que es suficiente con lanzar una serie de consignas escogidas aleatoriamente. Es decir, en lugar de asumir una tarea lenta pero inevitable de propaganda de los términos fundamentales del marxismo a través de la realidad cotidiana de explotación y miseria que padece el proletariado a la vez que se interviene en cualquier grieta, por mínima que sea, que presente la sociedad burguesa, con el fin de mostrar con ella las contradicciones propias de esta, *El Comunista* fantasea de nuevo con su mundo ideal en el que la lucha de clase del proletariado es ya un hecho dado que simplemente hay que dirigir correctamente mediante las consignas adecuadas.

El marxismo revolucionario, la doctrina de la Izquierda Comunista de Italia y del propio Partido Comunista Internacional, no es una cuestión patrimonial. Nuestra crítica a las desviaciones pseudo marxistas de esta y otras corrientes políticas no se encamina a reivindicar para nosotros la etiqueta de «verdaderos y únicos» marxistas. El marxismo tiene su fuerza en que contiene en sí una valoración precisa para todo el curso de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía y en que es capaz de expresar los términos en los que inevitablemente será el propio proletariado el que encontrará en el curso de esta lucha la validez de esta valoración, la hará suya y la convertirá en su arma más preciada. Es por eso que la crítica de este tipo de corrientes pseudo marxistas, que cumplen objetivamente la función de emborronar ante los ojos de los proletarios la propia trayectoria de su lucha de clase confundiendo sus términos y, por lo tanto, dificultando su ruptura con la política de colaboración entre clases, es una tarea esencial. No por purismo ni por gusto escolástico, sino por la necesidad vital de poner a disposición de la clase proletaria la crítica a cualquier tipo de oportunismo, sea este del color que sea.

Muerto contra el protocolo

El pasado 23 de marzo un niño de cuatro años murió en el parque del Retiro, en Madrid, al caerle una rama de un pino sobre la cabeza mientras paseaba con su padre en un patinete. Después de varios días de tormentas con fuertes vientos, días durante los cuales gran cantidad de los árboles de los parques de la capital fueron arrancados de cuajo por el efecto conjunto del deslizamiento de tierras (que provoca la lluvia al caer sobre terrenos en pendiente), el viento y, especialmente, el mal estado de mantenimiento en que se encuentran estas «zonas verdes», una tragedia de este tipo era de esperar: era sólo cuestión de tiempo que un árbol, o una rama, arrancados por el temporal, acabase cayendo sobre alguien con un resultado fatal. El mismo parque del Retiro había sido puesto en alerta por el Ayuntamiento de Madrid y, en la misma zona donde el niño perdió la vida, se podían ver carteles anunciando el peligro que generaban las tormentas después de que el propio Ayuntamiento renunciase a cerrar el parque ese día conformándose con pegar esos letreros en zonas visibles.

A las pocas horas de la muerte del niño la concejal de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid, Inés Sabanés, «histórica» derrotada de las elecciones municipales de la capital hasta que la coalición de Carmena la rescató del naufragio de Izquierda Unida y le dio un puesto municipal, afirmó que se había dado la orden de desalojar el Retiro poco antes de la muerte del niño, que el árbol cuya rama le mató había sido inspeccionado por los técnicos de medio ambiente pocos días antes y, en definitiva, que «Hay un protocolo que no es solo para los niveles de alerta, también para la evacuación del parque. No es la primera vez que se desaloja, El Retiro, según la gente que haya se puede tardar una hora o más». Es decir, que el Ayuntamiento actuó correctamente, siguiendo el protocolo estipulado para casos de riesgo por temporal y que, por lo tanto, poco menos que el niño murió *contra* este protocolo.

Durante los días siguientes, después de que la misma concejal se mostrase dispuesta a revisar su tan querido protocolo de seguridad, después también de que otros árboles cayesen en otros parques de Madrid hiriendo uno de ellos a una mujer en la pierna, los grupos políticos de la oposición municipal exigieron, a su vez, una revisión del protocolo dado que les parecía insuficientemente estricto como para que lograrse evitar estos casos.

El protocolo, el *santo protocolo*, amado por todos los burócratas y leguleyos que han pensado, piensan y pensarán siempre que la naturaleza puede contenerse en los límites de los formularios, legalmente aprobados en sede parlamentaria, parece ser el centro del problema, tanto en el seno de la lucha partidista municipal como de cara a la

población, a la que se le garantiza su seguridad siempre y cuando la naturaleza cumpla con los términos del contrato que en él se estipulan. Las cuatro muertes que han tenido lugar en Madrid desde 2014 por la caída de árboles ¿se ajustan al protocolo? ¿es una cifra contemplada en éste como aceptable? ¿O será necesario pedir *la unidad de todos los demócratas* de la Casa de la Villa para condenar firmemente al viento que se salta las leyes de convivencia legalmente estipuladas por la Concejalía de Medio Ambiente?

El parque del Retiro es uno de los lugares más característicos de la capital de España. Desde los últimos reinados de la dinastía de los Austrias, cuando sus límites coincidían con el final de la ciudad, fue una de esas zonas que los monarcas se reservaban para su uso privado en la temporada de verano, dado lo benigno del clima en esta zona de la ciudad, exactamente igual que se reservaban el uso del otro gran parque de la ciudad (la Casa de Campo) para la caza. El progreso, lento pero inexorable, de la sociedad burguesa, fue configurando poco a poco una ciudad a su imagen y semejanza, despojando a este tipo de lugares de cualquier uso privativo de la nobleza. Finalmente, en la ciudad híper desarrollada de hoy, levantada a base de un desarrollo urbanístico que sólo es posible en un mundo donde su función es facilitar la producción de capitales y mercancías a la vez que facilita el almacenaje y distribución de la mano de obra a los precios reducidos que exige esa producción, el parque del Retiro atrae a miles de personas que, diariamente, acuden a él para escapar, aunque sólo sea un poco, de las espantosas cárceles de hormigón y asfalto en las que viven, cumpliendo a su vez una función termorreguladora para el microclima metropolitano, que alivia ligeramente las inclemencias de la vida en la ciudad.

El desarrollo de la ciudad resume el desarrollo del mundo capitalista. Por increíble que les parezca a los sociólogos y urbanistas, que pretenden defender una posición crítica contra los cambios que en los últimos sesenta años han experimentado todas las ciudades de los países capitalistas desarrollados, disfrazando sus posiciones con el manto del «anticapitalismo», **la ciudad es una forma de organización y distribución territorial exclusivamente capitalista**. Y lo es porque sólo esta forma es la adecuada a la concentración de las inmensas fuerzas productivas que el capitalismo moviliza para generar su ciclo de valor, para producir mercancías, servicios y capitales a base de fuerza de trabajo proletaria de la que extraer la plusvalía. Mientras que las *polis* griegas o las *urbes* romanas de la Antigüedad, llegado cierto momento, se colapsaron porque el propio desarrollo del modo de producción esclavista las hizo inservibles, el capitalismo superó la fase de distri-

bución «natural» de la población a lo largo del territorio, favoreciendo la aparición de unos grandes agregados urbanos que, lejos de debilitarse, se desarrollan más y más tanto con las crisis como con los periodos de auge económicos.

Por lo tanto, todas las características de la vida urbana son, en realidad, características del modo de producción capitalista en el terreno de la vida social más inmediata. Y las mismas leyes que rigen la existencia económica del capitalismo explican los parámetros básicos del desarrollo urbano (como mostró Engels en su célebre escrito *El problema de la vivienda*) y de las vicisitudes de la vida cotidiana en él.

En el balance que el marxismo ha venido realizando desde el *Manifiesto* de 1848, y después con los textos clásicos de Marx, Engels y Lenin sobre la sucesión de los modos de producción hasta la llegada al punto de desarrollo del capitalismo en su fase imperialista, última de las formas que adoptará la, a su vez, última de las sociedades divididas en clases, y, por lo tanto, antecesora histórica del futuro comunista de la humanidad, el ciclo burgués está caracterizado en tres etapas diferentes, determinadas directamente por el surgimiento, auge y decadencia del propio capitalismo:

-*Inicios del modo de producción capitalista/fase revolucionaria de la burguesía*: combate político contra el mundo feudal, surgimiento de los partidos revolucionarios burgueses, triunfo de estos a lo largo de los siglos y en diferentes naciones, en su perspectiva de toma del poder y destrucción de los obstáculos que la economía basada en la relación de la servidumbre con el señor ponía al desarrollo de la industria moderna.

-*Fase de extensión del modo de producción capitalista y del poder burgués* por buena parte del mapa mundial y de la acumulación contemporánea de las contradicciones económicas y sociales que el inevitable desarrollo desigual del capitalismo conlleva. Irrupción de las formas mercantiles avanzadas en los territorios más atrasados socialmente hablando, crecimiento sin parangón histórico del potencial productivo de la humanidad, que es puesta en su práctica totalidad al servicio de las exigencias del capital industrial y bancario a través de la explotación creciente de la fuerza de trabajo asalariada.

-*Fase imperialista del capitalismo y del totalitarismo del poder burgués*. Apertura de la era de las guerras y de las revoluciones, como declaró la III Internacional, que hoy aún no ha terminado. Las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo han sido llevadas a tal punto que acaban por entrar en fortísima contradicción con las relaciones sociales basadas en la apropiación privada del fruto del trabajo asociado, que ha crecido exponencialmente con el desarrollo de dichas

fuerzas productivas. Fase de decadencia contemporánea de las instituciones políticas y de las soluciones sociales dadas por la burguesía dominante con el fin de evitar el agudizarse de los factores de crisis de toda la sociedad capitalista.

A estas tres fases, como es natural, se corresponden tres expresiones diferentes en el terreno de la organización del territorio, que va a sufrir mutaciones similares a las del propio capitalismo:

-Durante la primera fase, la ciudad fue un núcleo, aparecido sobre las ruinas de las ruinas de las ciudades de la Antigüedad o sobre bases completamente nuevas, de desarrollo del comercio y la pequeña industria artesanal. Dependientes del señor y de la Iglesia o libres, bajo la protección militar del monarca o armadas con su propia milicia, las ciudades fueron un reducto de libertad contra el régimen de opresión servil que predominaba en el campo, pero se trató, siempre, de una libertad condicionada por los límites del desarrollo mercantil y, por lo tanto, de ninguna manera fueron un paraíso terrenal exento de contradicciones sociales. Simplemente, en ellas estas contradicciones se simplificaron.

-Durante la segunda fase, el gran desarrollo de las fuerzas productivas y el proceso de concentración y centralización de las mismas, rompió con los límites físicos de la ciudad gremial y mercantil para dar lugar a la ciudad industrial en la cual, junto a la gran industria, aparecen habitando las legiones de proletarios que darán lugar a la necesidad del desarrollo de la ciencia urbanística como medida de profilaxis anti revolucionaria. El *París de los Comunnards*, la *Rosa de Foc*, el conflicto entre estamento nobiliario y burguesía, resumido en la forma de enfrentamiento campo-ciudad, se traslada tras la victoria de la segunda sobre el primero a las calles de la ciudad.

-Finalmente, la época del imperialismo, es la época de las grandes metrópolis que concentran a la mayor parte de la población mundial (lo que equivale a decir que esta población ya es en su mayor parte proletaria) en condiciones de habitabilidad difícilísimas, con una presión permanente de las fuerzas políticas y militares de la burguesía y, también, unas condiciones de salubridad que empeoran continuamente como consecuencia de las propias características físicas de la aglomeración urbana.

En la base de la correlación *desarrollo del modo de producción capitalista – desarrollo urbano* puede observarse una constante: el capitalismo como su ciudad se corresponden respectivamente al último modo de producción y a la última forma de organización del territorio *irracionales*, en el sentido de que ambos han surgido en el arco histórico de la lucha de la humanidad contra las penurias de la naturaleza, por lo tanto directamente determinadas por esta y trasladando al terreno de la lucha entre las clases

las tensiones derivadas de dicha lucha. Son ambos, capitalismo y ciudad, formas *espontáneas* y caóticas de organización social en el sentido de no dirigidas de acuerdo a un plan, ya que han surgido de la perpetuación de la irracionalidad de la producción social de todas las economías previas. Por lo tanto, los fenómenos «naturales» que golpean a las ciudades modernas de manera periódica no pueden ser imputados al azar, en la medida en que son consecuencia de la incapacidad del capitalismo y de su forma urbana de distribución de la población a la hora de domeñar los fenómenos naturales y garantizar la propia seguridad de dicha población.

En la ciudad capitalista moderna observamos, concentrados, todos los fenómenos de la lucha de clase que antes aparecían dispersos. Y, sobre todo, observamos la fuerza concentrada del oportunismo político y sindical, que se extiende en forma de malla por cada rincón de la ciudad en forma de mecanismos de integración, gestión y represión de los conflictos que la vida cotidiana en la sociedad burguesa genera para el proletariado. No es por casualidad, entonces, que las nuevas formas de este oportunismo, una vez que las anteriores cayesen por su propio peso, se desarrollen principalmente en este tipo de grandes ciudades. El populismo a lo Podemos-Unidad Popular surge del malestar que el desgaste de los mecanismos de amortiguación social en las grandes ciudades genera en amplios sectores de la pequeña burguesía empobrecida y del proletariado. Con él reaparecen todas las corrientes municipalistas, autogestionarias, localistas... características del socialismo pequeño burgués y anti marxistas, pero no desaparecen, bajo la capa de utopismo que pretenden recrear, las exigencias más firmes de las leyes del capitalismo ni las enseñanzas políticas que la burguesía ha extraído después de noventa años de contrarrevolución permanente.

Si cae un árbol y mata a un niño, fenómeno en absoluto fortuito ni «natural» sino determinado por unos insuficientes niveles de inversión pública en el mantenimiento de parques y jardines, es decir, por la incapacidad de la burguesía para garantizar niveles de seguridad y salubridad mínimos a la fuerza de trabajo que almacena en sus ciudades, entra en escena toda la fuerza social de los agentes encargados de la conservación del orden: burócratas protocolarios que cifran la desgracia en una insuficiente adecuación de los formularios a redactar por los técnicos a la hora de gestionar un parque público, místicos que hablan de lo imprevisible de la naturaleza, etc. Finalmente, las esperanzas de los «Ayuntamientos del cambio» acaban estrelladas contra el simple hecho de que, en las ciudades que gestionan, la naturaleza sigue siendo lo que será siempre bajo el régimen burgués, un enemigo externo indomable; las catástrofes, inevitables; y la muerte mientras se disfruta del día de descanso, un riesgo incontrolable.

El marxismo no sólo es una doctrina ca-

paz de explicar las miserias del modo de producción capitalista. Es, sobre todo, una teoría acerca del curso de la humanidad desde las cavernas pre-paleolíticas del ayer remoto hasta la sociedad que viva armoniosa con el medio del mañana. Es una doctrina, por lo tanto, que explica la sucesión de los modos de producción que dan lugar a todos los fenómenos sociales y que señala en todo momento que dicha sucesión, que implicará un día la destrucción del mundo capitalista, sólo tiene lugar mediante cruentas guerras que enfrentan a clases sociales contra puestas. Para la sociedad capitalista moderna será el proletariado, clase que resumen en su naturaleza todos los agravios que padece la humanidad, el encargado de liquidar un modo de producción irracional tanto en su relación con la humanidad como con la naturaleza. Es por esto que absolutamente ninguno de los hechos que, como la triste muerte del niño de cuatro años, tiene lugar en el marco de una sociedad que se levanta sobre la explotación de la inmensa mayoría de la población, es ajeno a la crítica marxista. Pero no a una crítica teórica, basada sobre deseos e ilusiones de un desarrollo armónico entre humanidad y capitalismo, sino a una crítica que busca preparar las condiciones en las que pueda desarrollarse, en un mañana esperamos no muy lejano, un potente movimiento de clase que abarcará con su *crítica de las armas* todos los fenómenos de esta sociedad putrefacta. Y sólo un partido que tenga en cuenta la complejidad de este movimiento, que abarque tanto en sus concepciones últimas como en su trabajo inmediato, la lucha contra todas las manifestaciones de la miseria social del capitalismo –el partido político revolucionario del proletariado– podrá dirigir el movimiento de clase que tiene la tarea histórica de destruir el modo de producción capitalista sustituyéndolo, en un primer lugar, con el modo de producción socialista y, después, comunista, sepultando de esta manera la prehistoria humana.

el proletario

partido comunista internacional (el programa

comunista)

**Cuarenta años
de valoración
orgánica de los
eventos de Rusia
en el dramático
desarrollo social
e histórico
internacional**

Octubre de 2017

3

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

PARTIDO Y CLASE

Sumario

-Nota preliminar
 -Prefacio (Del prefacio de la edición en español de 1974)
 -Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (Resolución del IIº Congreso de la Internacional Comunista, 1920)
 -Partido y clase (De Rassegna Comunista, año I, nº 2 del 15 de abril de 1921)
 -Partido y acción de clase (De Rassegna Comunista, nº4, 31 de mayo 1921)

LEE

EL PROLETARIO
 Órgano del Partido
 Comunista Internacional

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

**¡SOSTENED Y DIFUNDID
 LA PRENSA
 DEL PARTIDO!**

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

El programa del Partido Comunista Internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Livorno con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.